

VIII Congreso Latinoamericano de Ciencia Política,
organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP).
Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 22 al 24 de julio de 2015.”

Panel:

LAS EXPERIENCIAS POLÍTICAS LIBERALES Y NEOLIBERALES:
PERSPECTIVAS TEÓRICAS Y ANÁLISIS DE CASOS

Área temática: Teoría y Filosofía Política

Proyecto de investigación: El liberalismo y sus críticos: Debates en torno a la comunidad, el Estado y la justicia distributiva (Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina)

Directora del proyecto: Dra. Beatriz Dávila

**Del homo economicus al sujeto deseante:
apuntes para pensar la subjetividad liberal y neoliberal**

Beatriz Dávila

Universidad Nacional de Entre Ríos / Universidad Nacional de Rosario

beatrizdavilo@hotmail.com

Trabajo preparado para su presentación en el
VIII Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la
Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP),
Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, del 22 al 24 de Julio de 2015

Resumen

En este trabajo intentaremos analizar la genealogía que propone Michel Foucault sobre las cuestiones del gobierno, la libertad y la verdad, modulada como verdad del sujeto, en relación a la racionalidad gubernamental del liberalismo y el neoliberalismo. La problematización foucaultiana permite abordar de manera novedosa el vínculo entre gubernamentalidad liberal y neoliberal y subjetividad. Foucault propone explorar el tipo de sujeto que el liberalismo clásico y el neoliberalismo presuponen, y a la vez buscan suscitar, para desplegar la racionalidad gubernamental específica de cada uno de ellos. Este planteo abre un campo de interrogantes muy fértiles para la política moderna: qué experiencia de sí se le habilita al sujeto en el marco de las reglas de veridicción del mercado, qué campo de subjetividad se liga a la idea de una convivencia social reglada por la mano invisible del mercado, qué efectos de subjetivación produce ese discurso que les dice a los individuos que son racionales, adquisitivos, egoístas, deseantes, maximizadores de beneficios.

Introducción

Esta ponencia intenta desplegar un trabajo teórico en torno los presupuestos subjetivos y las estrategias de subjetivación del liberalismo y el neoliberalismo, analizados en la perspectiva de Michel Foucault que propone interpelar a ambos en clave de racionalidad gubernamental.

En el curso *Nacimiento de la biopolítica*, dictado en 1979 en el Collège de France, Foucault recorta como objeto de análisis la racionalidad gubernamental del liberalismo, entendida como un principio de limitación interno a la práctica de gobierno, que se establece en el dominio mismo de esa práctica en función de determinados objetivos a ella ligados, y que surge de conflictos, discusiones, acuerdos y concesiones sobre lo que el gobierno debe y lo que no debe hacer (2007: 27-29).

Abordar el liberalismo y el neoliberalismo en estos términos implica delimitar un espacio de análisis más amplio que el de la teoría política: en esa práctica cotidiana del gobierno en la que ambos van definiendo un modo de gobernar interviene sin duda la teoría, pero también otras formas de reflexión como la literatura o la prensa, y una variada gama de prácticas que van de la resistencia a las diversas formas de intervención en el espacio

público, pasando por los modos en que se recorta una esfera de lo íntimo sustraída a la política –al menos en su dimensión institucional- y las fundamentaciones en que pretende sostenerse ese recorte.

En cualquier caso, la práctica gubernamental se articula a una determinada matriz subjetiva que presupone y/o suscita: tanto en el liberalismo como en el neoliberalismo se concibe un determinado tipo de sujeto –en cuya definición interviene sin duda lo que se percibe como dato de la realidad- pero al mismo tiempo se genera toda una serie de tecnologías que apuntan a producir efectos de subjetividad afines a la estrategia gubernamental. En esa observación de los individuos, algunos rasgos son identificados como lo real subjetivo y sobre ellos actúan las tecnologías gubernamentales, a la vez que esta lógica de gobierno produce efectos de subjetivación acordes a lo que se considera un sujeto ‘gobernable’.

¿Cuál es la matriz subjetiva sobre la que opera el liberalismo, según Foucault? La del *homo economicus*, el individuo racional, egoísta y calculador, maximizador de beneficios y minimizador de costos. Para Foucault, en el siglo XVIII, la filosofía empirista inglesa produce una de las mutaciones teóricas más importantes en relación al sujeto: define un sujeto de elecciones individuales motivadas por el interés como una forma de voluntad a la vez inmediata y autocentrada (2007: 311-313), de manera que, como diría Claude Laval, la relación de los individuos con los otros y con la sociedad toma la forma de satisfacción del sí-mismo (2007: 20).

Sin embargo, ese *homo economicus* no es dado de una vez y para siempre, y por lo tanto es necesario analizar las condiciones políticas, económicas, intelectuales y sociales de la fabricación histórica del sujeto económico del Occidente Moderno (Laval, 2007: 25), para hacer visibles los rasgos singulares de ese artefacto a la vez teórico y político, así como también los puntos de inflexión que marcan las diferencias entre el tipo subjetivo que se articula a la estrategias gubernamentales del liberalismo y el que se liga a las del neoliberalismo. En este sentido, se trata de pensar al individualismo moderno vinculado a la consolidación del mundo liberal capitalista no solo como opción metodológica sino también como régimen normativo.

El liberalismo clásico: el individuo con intereses y la libertad como tecnología gubernamental

Las raíces del hombre racional, egoísta y calculador se han asociado a tópicos muy diversos, pero han coincidido en el momento histórico: el siglo XVI. Y ciertamente en ese momento histórico se sitúan la mayoría de las cuestiones que se han puesto en juego en los análisis sobre la génesis de ese tipo subjetivo: los inicios del proceso de disolución de las estructuras feudales y la transición al capitalismo, el cisma protestante, la irrupción de una concepción de la política desligada de la moral religiosa, en particular con la figura de Maquiavelo.

Es indudable que con la disolución de las estructuras feudales se resquebrajan los lazos orgánicos propios de la comunidad tradicional y esto hace recaer en el individuo las motivaciones y los efectos de su acción. También es iluminador articular la emergencia del individualismo moderno a la concepción protestante, como hace Max Weber, y buscar sus raíces en la imagen calvinista del hombre arrojado al mundo, y en soledad ante Dios, al que debe rendirle cuentas de su paso por la vida terrenal (Weber, 2003 [1905]: 100). Y por

supuesto, la mirada maquiaveliana sobre una política despojada del lastre de los juicios moralizantes de la religión y de un principio que hace del interés propio y del de los demás la base del cálculo de la acción política del príncipe ((Hirschmann, 1999 [1977]: 56-57) es un punto de inflexión en la historia conceptual del individuo calculador.

Sin embargo es en la Inglaterra del siglo XVIII donde el individuo racional, egoísta y calculador parece convertirse en la piedra angular capaz de sostener el edificio de la economía y la política. Esto puede relacionarse con algunos rasgos de la escena intelectual y política de la época. En primer lugar, cierto escepticismo que se convierte en una suerte de regla de prudencia frente a las posibilidades que ofrece el sistema político. Las raíces de esta tendencia deben buscarse, según Gordon Schochet, en el predominio de la filosofía empirista de David Hume que muestra inclinación por un individualismo escéptico en moral y política (1996: 333).

De aquí se desprende una clara conciencia de la precariedad del orden político, tanto en lo que refiere a los principios articuladores que pueden funcionar como cimiento, como en relación a los sujetos que lo integran. Hume, por ejemplo, reconoce la distancia que hay entre las verdades en sí, que de hecho se puede considerar que existen, y las premisas que funcionan como ‘verdad’ en la política: al plantear una aseveración de reminiscencias maquiavelianas –‘todo hombre es un pícaro’- entiende que esto no es una verdad de hecho, demostrable en su carácter universal, pero admite que ‘una máxima falsa *de hecho*’ puede ser ‘verdadera en política’ (1965 [1742-3]: 77). Esta observación de cuenta de una línea de reflexión que asume lo que Pierre Manent caracteriza como ‘fecundidad del mal’: si la falsedad es algo malo pero produce efectos positivos en el campo político, entonces hay algo potencialmente fértil y beneficioso en eso que consideramos malo (Manent, 1990: 47).

Hume advierte en los hombres un carácter, si no egoísta, al menos autocentrado: “[...]nuestro primer y más natural sentimiento de lo moral se funda en la naturaleza de nuestras pasiones y de la preferencia a nosotros mismos y a nuestros amigos antes que a los extraños” (Hume, 1965 [1742-1743]: 37). Pero como, en la lógica escéptica de su planteo, no se trata de cambiar al hombre, el desafío que enfrenta el gobierno, según Hume, poner en marcha una ingeniería moral, sino una ingeniería política (Phillipson 1993: 230). Y esa ingeniería política consistirá en adecuarse a las interacciones que se suscitan entre esos individuos autocentrados que buscan su propio interés.

Esta teorización acompaña las profundas transformaciones históricas de la sociedad inglesa del siglo XVIII, en la que ya se hacen visibles las alternativas de enriquecimiento que ofrece el capitalismo en ascenso, y la conformación de una capa social cuya movilidad es el producto de la acumulación de dinero. En la tematización del individuo calculador y adquisitivo de la filosofía inglesa del siglo XVIII se vislumbra como telón de fondo esa sociedad atravesada por una dinámica expansiva que parece ofrecer oportunidades inéditas a la producción de riqueza. A modo de ejemplo, cabe citar las múltiples referencias a la prosperidad potencial de Inglaterra que aparecen en *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, incluso a pesar de lo que para el filósofo escocés son los errores cometidos por los cuadros administrativos de la monarquía: la rentabilidad del capital urbano se volcó sobre la actividad agraria y la rentabilidad de ésta revirtió sobre la producción manufacturera (2011 [1776]:190-191), los salarios eran, en promedio, más altos que en el resto de Europa

—aunque no en comparación con Norteamérica- (ibíd., 119-126), el crédito operaba como una aceitada rueda distribuidora de recursos (ibíd., 150).

En este escenario, la estrategia liberal de gobernar lo menos posible, aceptando los límites que pone el mercado, encuentra en el prototipo del individuo que orienta su conducta según una lógica adquisitiva —afín a la dinámica concurrencial- el sujeto más apropiado a su racionalidad gubernamental. Si el liberalismo puede formular ese principio de la autolimitación del gobierno del que habla Foucault es porque presupone un tipo humano autogobernado por su propio interés y por lo tanto predecible en su accionar (Hirschmann, 1999 [1977]: 73-74). De esta manera se logra reducir la carga de intervenciones que pesa sobre las instituciones políticas, en el marco de la perspectiva liberal que considera que el gobierno siempre corre el riesgo de gobernar demasiado (Foucault, 2007: 35)

Para evitar ese riesgo, el liberalismo encuentra en el mercado un indicador de verdad en relación a la intervención política: es el mercado el que señala cuánto gobernar, cuál es el límite al gobierno. En este sentido, uno de los aportes más significativos de la perspectiva foucaultiana es, creemos, el haber conceptualizado al mercado como un mecanismo de veridicción (2007: 51). El mercado, para el liberalismo, expresa la configuración de un régimen de verdad, es decir, de un conjunto de reglas en relación a las cuales es posible caracterizar algo como verdadero o falso. Y el liberalismo y su perspectiva ‘naturalista’¹ en relación a la dinámica económica —esto es, su concepción de que hay una mecánica natural y espontánea que rige los intercambios entre los individuos según el principio de la libre competencia- definió, en un mismo movimiento, un criterio epistemológico y un principio político: esa mecánica natural y espontánea de cuenta de ‘lo real’ social y le impone a la política una regla de prudencia en relación a sus posibilidades de intervención.

La ‘mano invisible’ del mercado planteada por Smith funciona como una inteligencia a la vez omniabarcadora y ciega, y por lo tanto no hace diferencia entre los agentes y puede ser presentada como un mecanismo democrático en la habilitación de oportunidades económicas. Frente a ella, el soberano político es impotente porque no puede tener sobre el mecanismo económico “[...] un punto de vista capaz de totalizar cada uno de los elementos y combinarlos de manera artificial o voluntaria” (Foucault, 2007: 323).

El límite que se le pone al gobierno no tiene que ver con el derecho, sino con la utilidad: el problema con el exceso en el gobierno no es que sea ilegítimo sino que es improductivo. Es por esto que los primeros efectos que surgen de la configuración de una práctica liberal de gobierno no apuntan a un régimen plenamente libre en el plano político y jurídico, sino a un orden que se acopla a la dinámica de las relaciones económicas.² Sin embargo, a partir de las libertades económicas se vuelve visible todo un rango de libertades posibles que son funcionales a la tecnología liberal del gobierno. El liberalismo, entonces, produce libertades, no porque las reconozca como dato a priori inherente al sujeto, sino porque las necesita para gobernar, porque a través de ella puede volver previsibles las acciones de los

¹ Foucault habla de un ‘naturalismo gubernamental’ que sería común al liberalismo y a la fisiocracia (2007: 81-82).

² A modo de ejemplo, para el caso inglés, podría citarse el modo en que se resuelve la guerra de independencia de los Estados Unidos y la posición que se adopta frente a la independencia hispanoamericana. En ambos casos, la presión de la burguesía inglesa, que teme perder mercados clave para sus productos, inclina la balanza a favor del reconocimiento, aun cuando ésta no haya sido la posición originaria oficial del gobierno inglés.

individuos con intereses, y al mismo tiempo poner límites a cada uno de ellos a través de las libertades que reclaman todos los demás. Se desata, entonces,

“[...] una especie de bocanada de aire para una enorme legislación, una enorme cantidad de intervenciones gubernamentales que serán la garantía de la producción de la libertad necesaria, precisamente, para gobernar [...] El liberalismo no es lo que acepta la libertad, es lo que se propone fabricarla a cada momento, suscitarla y producirla con, desde luego, todo el conjunto de coacciones, [y] problemas de costo que plantea esta fabricación” (Foucault, 2007: 85)

El tipo subjetivo implícito en lo que actualmente caracterizamos como *homo economicus*³ es, en este sentido, la referencia modelizada del individuo gobernable: reúne las condiciones necesarias para gobernar recurriendo a la libertad como una tecnología que se apoya en interés individual. Siguiendo una vez más a Foucault,

“¿El *homo economicus* es un átomo de libertad frente a todas las condiciones, todas las empresas, todas las legislaciones, todas las prohibiciones de un gobierno posible? ¿O no era ya cierto tipo de sujeto que justamente permitía al arte liberal de gobernar regularse según el principio de la economía, en los dos sentidos del término: economía como economía política, y economía en cuanto restricción, autolimitación, frugalidad del gobierno?” (2007: 310)

Sin embargo, para quienes participan del gobierno y reflexionan a partir de, y en torno a, la práctica gubernamental del liberalismo queda claro que no todos los hombres actúan de manera racional, egoísta y calculadora. Y al mismo tiempo, para la filosofía política liberal es ostensible la dificultad de sostener el vínculo político si lo único que moviliza a los hombres es el interés individual.

Indudablemente, el *homo economicus* está lejos de ser una realidad histórica generalizable en los siglos XVIII y XIX. Y en todo caso, la racionalidad gubernamental liberal intentará suscitarlo. En esta clave podría leerse, por ejemplo, el intento de difundir, en la primera mitad del siglo XIX, las instituciones de ahorro y de previsión voluntaria entre las clases trabajadoras: se trataría de estimular un sujeto de interés, calculador, que orienta su conducta a partir de una meta a futuro (Castel, 1997: 203). En el mismo sentido irían las políticas de vivienda obrera, en la segunda mitad del siglo XIX, las que además de fijar al obrero al trabajo, incitan una planificación a largo plazo (ibíd., 214).

De manera que si para gobernar con la libertad se requiere individuos con intereses, podríamos decir que el horizonte de la gubernamentalidad liberal, en los siglos XVIII y XIX, es bastante reducido, puesto que todavía queda una gran parte de la sociedad que no actúa con la lógica del *homo economicus*. La racionalidad gubernamental del liberalismo funciona cuando el sujeto a gobernar es el burgués emprendedor, y en este sentido los planteos de Karl Marx podrían inscribirse en la tradición de la crítica a la

³ Según Sergio Caruso, si bien la noción de un individuo racional, egoísta y calculador está presente en Adam Smith, Jeremy Bentham y John Stuart Mill, la primera vez que se utiliza el concepto de *homo economicus* para caracterizar ese tipo subjetivo es en 1885, cuando Alfred Marshall da la lección inaugural de su curso de economía en la universidad de Cambridge. Luego aparece en el libro *Principii di Economia Pura*, de Maffeo Pantaleoni, en 1889, y en 1906 Vilfredo Pareto lo utiliza en el *Manuale di Economia Política* –tal vez la versión temprana más conocida (Caruso, 2012: 8-9)

gubernamentalidad liberal: cuando en *La cuestión judía* Marx dice que los derechos del hombre son los derechos del burgués, le está cuestionando al liberalismo que todas esas libertades que produce –de comercio, de propiedad, de expresión- sólo le sirven al burgués, pero no a las clases desposeídas.

Por otra parte, para la filosofía liberal el hombre que calcula no es simplemente el agente económico en el mercado. Para Adam Smith, por ejemplo, en las acciones humanas se puede ver una conducta calculada cuando el hombre busca la aprobación de los demás, y se preocupa por los sentimientos que despierta en los demás. Y esta conducta calculada no es manipulación, ni simulación, sino la necesidad que, a través del principio de la simpatía, opera en los individuos moviéndolos a esforzarse por lograr la aceptación de sus pares.

Estos sentimientos, a través de la simpatía, nos permiten identificarnos con los otros, de manera que, según Smith, la simpatía no puede en modo alguno considerarse una pasión egoísta. Aunque se dice que la simpatía ‘surge de un cambio imaginario de situaciones’ con el otro, cuando me conduelo por el sufrimiento del otro, sufro pensando no en lo que me pasaría a mí sino al otro, mi aflicción es enteramente por la causa del otro (Ibídem, 142-3).

Por otra parte, la simpatía también permite que los individuos modelen sus conductas ante la mirada del otro: ‘colocado frente al juicio y el comportamiento de aquellos con quienes vive’ el hombre podrá medir la conveniencia o inconveniencia de sus pasiones (Ibídem, 101). En este marco, los hombres advertirán, dice Smith, lo que los demás aprueban o repugnan, de manera que lo que se percibe como reglas generales de la moralidad no es sino el resultado de la experiencia social acumulada acerca de lo que se considera bueno o malo, justo o injusto. Una vez que estas reglas han cristalizado, apelamos a ellas como principios universales que proveen normas para evaluar las acciones individuales y colectivas (Ibídem, 109-111), pero no hay que olvidar que son el producto de la reiteración de actos capaces de movilizar las ‘pasiones benévolas’.

Algunos años más tarde, Jeremy Bentham –el padre del utilitarismo inglés- cuando dice que el hombre actúa tratando de obtener placer y evitar el dolor, reconoce que entre los placeres aquellos que se originan en la aprobación moral de la comunidad o del grupo al que el hombre pertenece, e incluso los que los individuos creen que podrán gozar en la vida ultraterrena (Bentham, 1988 [1789]: 25). Y John Stuart Mill, en 1861, afirma que el gobierno se vuelve imposible cuando la gente sólo piensa en sus intereses egoístas y no se preocupa por el interés general:

“Siempre que la disposición general del pueblo sea de tal naturaleza que cada individuo considere nada más sus intereses personales, egoístas, y no se dedique ni se interese por participar en el interés general, es imposible, entonces, que haya un buen gobierno.” (Mill, 1991 [1861]: 41)

La filosofía liberal del siglo XIX piensa que es posible analizar las relaciones entre los hombres en términos de intercambios calculados, pero éstos no son sinónimo de intercambios económicos ni egoístas. De hecho, el clásico trabajo de Marcel Mauss sobre el don muestra el peso de una moral contractual –de una moral que promueve el compromiso con la palabra empeñada- en las interpelaciones recíprocas en las que participan hombres y

mujeres –una moral que sigue vigente en las sociedades modernas y que convive, y en ocasiones puede sustituir, el puro interés individual (1971 [1923]: 4). Es decir que el *homo economicus* tal como se lo concibe actualmente no es un legado que nos haya llegado ya estructurado o cerrado desde el siglo XIX y de la mano del liberalismo clásico.

De modo que, en todo caso, lo que habría que indagar es, en el plano teórico, en qué momento y bajo qué circunstancias la lógica de la economía se devora toda forma de intercambio, y en el de la práctica gubernamental, cuáles son las condiciones que hacen posible una estrategia de gobierno que propicie la asimilación de las relaciones interpersonales a la dinámica concurrencial.

De la crisis del liberalismo clásico al neoliberalismo contemporáneo: mercado, *homo economicus* y sujeto deseante

Para analizar la expansión teórica y política del mercado y el *homo economicus* que se produce con el neoliberalismo, es necesario, en primer lugar, tomar en consideración el proceso por el cual esa gubernamentalidad liberal que produce libertades fundamentalmente económicas va debiendo incorporar a la agenda política nuevas cuestiones que emergen por la presión de las clases subalternas. La racionalidad gubernamental centrada en la libertad como tecnología y apoyada en el individuo con intereses comienza a ser puesta en jaque con la agitación social de mediados del siglo XIX, cuando las luchas por la participación política dejan en evidencia que la libertad y la igualdad que promete la democracia no incluyen las condiciones materiales de vida de las clases subalternas. En este punto cabe recordar lo que dice Foucault sobre el vínculo entre liberalismo y democracia: el encuentro entre ambos fue fortuito, puesto que ni la democracia se planteaba como esencialmente liberal, ni el liberalismo como esencialmente democrático. Sin embargo, en el marco de la racionalidad gubernamental del liberalismo, que hace de la libertad una pieza clave de su tecnología de gobierno, la democracia se vuelve gradualmente un mecanismo institucional que demuestra buena sintonía con la premisa liberal de ‘gobernar lo menos posible’. En este sentido, la participación de los gobernados, aunque sea a través de sus representantes, en la elaboración de la ley por la que se van a regir vuelve menos oneroso el ejercicio del poder político, porque “constituye el modo más eficaz de economía gubernamental” (Foucault, 2007: 363).

Pero esta economía gubernamental tiene dificultades para hacerse cargo de las demandas sociales que buscan imponer un esquema diferente de distribución de la riqueza, y, como dice Jacques Donzelot, a la república le surge un enemigo por izquierda. El lenguaje de los derechos, que en la primera mitad del siglo XIX debía articular a los oprimidos y los esclarecidos contra los privilegios, exhibe fisuras, y el derecho como milagro reparador muestra sus límites (2007 [1984]: 28-29).

Así aparece la cuestión social en la agenda de las políticas públicas, en el marco de las profundas tensiones que generan las presiones ejercidas, por un lado, por la clase obrera para lograr otro modelo de reparto, y por el otro, por las élites liberales, que pretenden limitar la intervención del Estado al respaldo jurídico a las reglas de juego del mercado. En este sentido tanto en Francia como en Inglaterra comienza a perfilarse con claridad un discurso que tematiza el crecimiento del estado. El propio Tocqueville, en relación a esta cuestión, habla de un desarrollo notable del Estado, durante la fase final del Antiguo

Régimen y la Revolución, que puede contener elementos tanto de ‘igualdad como de servidumbre’ (1996 [1857]: 301). Y John Stuart Mill, en el ensayo sobre Coleridge (1840), señala que el gobierno es percibido como un mal que, aunque necesario, debe hacerse sentir lo menos posible.⁴

Se perfila, así, como señala Donzelot, el conflicto entre dos modelos: el de una sociedad libre de toda intrusión estatal pero sometida a la fatalidad de unos lazos sociales que se muestran claramente asimétricos, o el de una sociedad igualitaria pero estatizada. Este conflicto se desplegará en la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, y alcanzará su punto más álgido con la crisis del ’29. En este contexto, el ascenso de los totalitarismos, por un lado, y el modelo keynesiano, por el otro, desatan al interior del liberalismo una revisión de sus propios supuestos, y se le agrega el prefijo ‘neo’ a los intentos por revitalizar esta corriente. En los años ’30 neoliberalismo no refiere necesariamente a las características que hoy suelen asociarse a esa palabra (es decir un modelo ligado a la defensa a ultranza del mercado como mecanismo espontáneo de regulación de todas las relaciones sociales, estado mínimo o ultramínimo, exacerbación de la competencia), sino que alude a las múltiples estrategias tendientes a esa revitalización.

Como señala Serge Audier, el crack de la Bolsa de Nueva York, en el ’29, significa para el liberalismo una crisis, a la vez, intelectual, doctrinal y programática. Se hace visible que el optimismo ingenuo de creer que el mercado repara todos los males no puede proveer ni una clave analítica ni un principio de acción política.⁵ Y lo nuevo que se sintetiza en el prefijo ‘neo’ incluye, en muchas de las propuestas, alguna forma de intervención del Estado. De hecho, Walter Lippman, que es citado por los neoliberales contemporáneos como una suerte de porta-estandarte y ‘padre espiritual’ de los experimentos políticos recientes llevados adelante bajo las banderas del neoliberalismo, no desdeñaba en absoluto la intervención del Estado en la economía, y reconocía su deuda con John Keynes en lo referente a su formación económica (Audier, 2012: 72). También en el Coloquio de Ostende de 1957 –uno de los tres hitos en la configuración de un campo de reflexión ‘neoliberal’, junto con el Coloquio Walter Lippmann de 1938 y la fundación de la Sociedad Mont-Pélerin en 1947- se planteó una fuerte crítica al ‘absolutismo liberal’ que mediante la doctrina del ‘laissez-faire’, convertida en ‘laissez-moi faire’ había desviado al liberalismo de sus ‘contenidos humanos, refugio de la dignidad del hombre’, oponiendo el liberalismo clásico a un neoliberalismo que respaldaba las intervenciones del Estado compatibles con los mecanismos de fijación de precios. En este sentido oponía dirigismo a intervencionismo, y criticaba al primero por constituir una práctica con pretensiones totalizadoras, a diferencia del segundo que comportaba intervenciones precisas y acotadas en cuestiones en las que un estudio minucioso indicaba la necesidad de estímulos puntuales (ibíd., 180-183).

En realidad, Audier propone hablar de ‘neoliberalismos’, puesto que una minuciosa arqueología de la historia intelectual del pensamiento liberal del siglo XX da cuenta de una

⁴ “Government altogether was regarded as a necessary evil, and was required to hide itself, to make itself as little felt as possible” (J.S.Mill, 1940)

⁵ Audier cita a Henri Noyelle, un autor de la década de 1930, que denuncia el ‘liberalismo’ automatista y su ‘utopía’ que afirma que el interés personal es generador de competencia y, consecuentemente, de equilibrio automático (2012: 63-64).

multiplicidad de propuestas, variadas, ricas y complejas, que resisten la simplificación y homogeneización que suele hacerse actualmente.

Sin embargo, también es cierto que, más allá de la diversidad de perspectivas expresadas en el debate teórico que cubre el medio siglo que va de la crisis del '29 a la puesta en marcha de los dos experimentos políticos más claramente ligados al neoliberalismo –el *thatcherismo* en Gran Bretaña, y el *reaganismo* en Norteamérica-, a partir de las últimas décadas del siglo XX, si analizamos la estrategia gubernamental, podemos identificar una serie de rasgos comunes, ligados a la expansión teórica y política del *homo economicus*, la mercantilización de áreas de la vida humana antes ajenas a la lógica del mercado, la exacerbación del consumo como práctica significativa constitutiva de la subjetividad, entre otros.

Tras la crisis del '29, y más aún luego de finalizada la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo vivió una etapa de expansión remarcable, a partir de la articulación del modelo de acumulación fordista, el Estado de Bienestar y la democracia de masas:

“La tecnología y la organización del trabajo podían mejorar la productividad de trabajadores sin calificación, llevando a una fabricación más barata de productos y un incremento de salarios que hacía posible a los trabajadores comprar más bienes [...] El productor masivo y el consumidor de productos masivos llegaron juntos” (Crouch, 2012: 33)

En el período de pos-guerra identificado como ‘los gloriosos 30 años’, se produce entonces una articulación entre democracia, agenda social y capitalismo a través del Estado de bienestar: si el problema con los primeros experimentos democráticos del siglo XIX era que no resolvían las necesidades materiales y simbólicas de las clases subalternas, habilitando la emergencia de ‘lo social’ como problema, según el planteo de Donzelot, a través de las políticas welfaristas de pleno empleo y de estímulo al consumo la democracia delegativa y el capitalismo hicieron buenas migas. Se generaron mecanismos apropiados para institucionalizar la tensión social –por ejemplo las negociaciones entre sectores patronales y sindicatos por rama de trabajo- a la vez que los trabajadores y las capas medias “[...] lejos de ser una amenaza para el capitalismo, podían permitir una expansión de los mercados y las ganancias en una escala sin precedentes” (Crouch, 2012: 35).

En este escenario, las críticas a la política welfarista por los desajustes surgidos de los procesos inflacionarios que ella misma estimulaba, o por las restricciones impuestas por el Estado a unas fuerzas económicas expansivas a través de un modelo de capitalismo ‘embridado’ o ‘encuadrado’ –como diría David Harvey (2007: 26)-, tuvieron un eco reducido. Pero con la llamada ‘crisis del petróleo’, de 1974, desde posiciones diversas se argumentó que el Estado de Bienestar tocaba su límite. A modo de ejemplo, puede citarse el análisis de Niklas Luhmann: el Estado de Bienestar asume la responsabilidad de garantizar cada vez más prestaciones, con la consecuente inclusión de sectores cada vez más amplios de la población entre sus beneficiarios, lo que tensiona un sistema como el de las sociedades modernas en las que las diferencias surgen del principio de diferenciación funcional que les es propio (Luhmann, 1993: 47-52).

Sin proponer explícitamente la naturalización de las desigualdades a partir de una constatación de la dinámica sistémica, la crítica política al Estado de Bienestar va a plantear que las regulaciones políticas al mercado –para garantizar pleno empleo, o servicios básicos

al conjunto de la población- producen desajustes que benefician a los más aventajados. En un informe del Banco Mundial de 1995 puede leerse:

“Por los obstáculos que pone en la creación de empleos, una reglamentación de seguridad del empleo muy rígida se arriesga a proteger solo a aquellos que tienen un empleo asalariado, a costa de los excluidos, los desempleados y los trabajadores del sector informal, así como del sector rural” (en Toussaint, 2012: 53)

Esta estrategia consistente en “presentar a los oprimidos como si fueran opresores”, como diría Eric Toussaint (2012: 52) tiene efectos políticos y teóricos clave en la configuración de una racionalidad gubernamental neoliberal: quebrar las solidaridades de grupo y restituir al *homo economicus* como paradigma del pensamiento y la acción humanos.

Frente a lo que caracteriza como ficcionales mecanismos igualadores promovidos desde el Estado, el neoliberalismo propone al mercado como el más eficaz distribuidor de discursos. El énfasis puesto en la crítica a las diversas formas de protección del trabajo, por crear sectores privilegiados entre los mismos grupos proveedores de fuerza laboral y arraigar una burocracia sindical anquilosada, se complementa con la exaltación de esa suerte de inteligencia espontánea de un mercado que, como la justicia, es ciego y por lo tanto reparte sin mirar a quién, de la manera más democrática que consiste en premiar con la asignación de oportunidades a los que se muestran con más capacidades para competir.

Podría decirse, siguiendo a Foucault, que el neoliberalismo reactiva la concepción liberal que supone que el mercado es el lugar de formación de una verdad, a la vez económica y política, que señala cuánto y cómo intervenir. Si con el Estado de Bienestar, esta concepción, o al menos su potencialidad política, queda en suspenso, y funciona más como un artefacto teórico esotérico, a partir de la segunda mitad de la década de 1970 se convierte en un orientador político que señala las líneas de reconfiguración estatal.

Sin embargo, no se trata de tanto de reducir las dimensiones del aparato estatal frente a la supremacía de la empresa privada, sino de gestionar el Estado como si fuera una empresa (Laval y Dardot, 2012: 291-294). La gestión empresarial del Estado implica aplicarle a éste los parámetros de racionalidad propios de una empresa, de manera que la ‘forma-empresa’ coloniza la ‘forma-estado’, y a la luz de esta lógica se definen las políticas de ajuste y de reducción de la planta de empleados públicos, por ejemplo.

No obstante, el neoliberalismo está muy lejos de proponer un Estado en retirada, fundamentalmente porque éste es convocado para afianzar el mercado, o crearlo allí donde no lo haya. En este punto es interesante retomar el análisis sobre las alternativas propuestas por las distintas vertientes que, tras la crisis del ’29, se propusieron renovar el liberalismo y revisar su vínculo con el capitalismo. El neoliberalismo de fines del siglo XX cuenta con un acervo teórico que le permite resituar el vínculo entre Estado y mercado, no condenando al primero a la prescindencia sino asignándole el rol de reforzar al segundo. En este sentido pueden leerse las políticas de privatización de servicios públicos antes prestados por el Estado: éste abre al capital privado un mercado potencial virgen y, por esto mismo, vigoroso (Crouch, 2012: 127-138).

Además, el neoliberalismo hereda del Estado de Bienestar un amplio universo de consumidores estimulado por las políticas welfaristas de subsidios directos e indirectos. Ante la crisis del Estado de Bienestar, la respuesta del neoliberalismo a los niveles de consumo de amplias capas de la población de sectores medios y bajos es, como diría

Crouch, un ‘keynesianismo privatizado’, es decir, una forma de satisfacción de las expectativas consumistas a través del endeudamiento estimulado por el sector financiero que domina el capitalismo contemporáneo (Crouch, 2012: 194-197). Los bancos financian el consumo de los distintos miembros de la sociedad a través de los mecanismos de crédito, y la especulación sobre la deuda en posesión de las instituciones bancarias genera todo un circuito secundario de consultorías, seguros y calificadoras de riesgo, y mercados a futuro que alimenta el capital financiero global.

“La dependencia del sistema capitalista democrático de los aumentos de salarios, del Estado de Bienestar y de la gestión estatal de la demanda, que parecía esencial para la confianza del consumo de masas, está en extinción. Las bases de la prosperidad viraron de la fórmula socialdemócrata de clases trabajadoras apoyadas por la intervención del Estado, a la neoliberal conservadora, de bancos, bolsas de valores y mercados financieros. Las personas desempeñan su papel no en tanto trabajadores que buscan mejorar su situación a través de los sindicatos y una legislación que proteja sus derechos laborales y regímenes de seguro social financiados con fondos públicos, sino como titulares de deuda, participantes en mercados de crédito. Este cambio político fundamental ha sido más profundo que cualquier cosa que pudiera producir la alternancia electoral en el gobierno de partidos nominalmente socialdemócratas, liberales y conservadores” (Crouch, 2012: 194)

En efecto, la piedra angular del neoliberalismo se asienta en los mecanismos sociales y subjetivos, de manera que el modo en que las clases subalternas se relacionan entre sí y con el Estado, y en que cada sujeto se concibe a sí mismo implica una apuesta clave en la gubernamentalidad neoliberal, capaz de producir ese cambio político sustantivo del que habla Crouch. En este contexto, la figura del *homo economicus* adquiere otra dimensión: podría hablarse de un refinamiento interno de la categoría, al punto que, como propone Sergio Caruso, al igual que en la historia del hombre encontramos un *homo sapiens sapiens*, en la historia de aquel concepto, con el neoliberalismo arribamos al estadio del *homo economicus economicus*: un figura en la que se condensa la pretensión no solo que la economía sea racional sino que la racionalidad de cualquier comportamiento sea económica (2012: 19).

En este sentido, las teorías liberales suponen en el *homo economicus*, más que un ideal-tipo para abordar metodológicamente las acciones humanas, un sustrato antropológico que define la naturaleza de hombres y mujeres. Se pasa, así, de plantear la autonomía de lo económico a definir el primado de lo económico, afirmándose que hay una cierta ‘mentalidad económica’ que se extiende más allá de la esfera pública, penetrando en la esfera privada y, más aún, en la esfera de lo íntimo, en tanto se acepta como dato que el hombre se concibe a sí mismo como ‘económico’. Ejemplo de este tipo de enfoques es el análisis de Gary Becker, premio Nobel de Economía en 1992, quien argumenta que todas las acciones humanas pueden ser pensadas como un juego entre actores que buscan maximizar su utilidad a partir de un conjunto estable de preferencias, que juegan de esta manera en una variedad de mercados a partir de la acumulación de una cantidad de información y recursos que consideran óptima (Becker, 1978: 14).

A partir de la comparación entre diversos planteos enrolados en la perspectiva de los enfoques económicos de la acción humana, Caruso encuentra que bajo la etiqueta de ‘*homo economicus*’ se define el perfil de un individuo caracterizado como (2012: 11-13):

1. juez competente, y exclusivo, de su propio interés
2. fuertemente motivado a maximizar la realización
3. a través de un cálculo utilitario
4. poseedor un conjunto ordenado de preferencias estables, completas y transitivas
5. capaz de valorar cada bien que desea en términos de utilidad marginal
6. altamente competitivo
7. francamente agresivo
8. egoísta
9. defensor del primado de la dimensión económica
10. apto para organizar los modos de conseguir lo que quiere de acuerdo a una perfecta racionalidad económica
11. con expectativas racionales
12. con capacidad estratégica
13. con un desdén anárquico por cualquier sistema de reglas impuesto desde un centro

Indudablemente estos no son rasgos empíricamente hallables en todos los individuos modernos, pero lo que interesa aquí no es constatar su verdad o falsedad en términos de naturaleza antropológica, sino pensar el modo en que, para decirlo con las palabras de Max Weber, el sistema económico –en nuestro caso, el capitalismo según el modelo neoliberal– produce los individuos que requiere. Solo cabría una observación: Weber señala que lo hace a través de la ‘selección económica’, remedo de la selección natural de Darwin, que iría dejando en el camino a los que no se adaptan, mientras que en esta fase del capitalismo tardío, pos-industrial, además de este mecanismo –que operaría por la vía negativa– hay toda una serie de tecnologías productivas, que tienden a suscitar una subjetividad equiparable a ese sujeto, tomando las palabras de Foucault, ‘eminentemente gobernable’ que es el *homo economicus*.

Como dicen Laval y Dardot, si la alianza entre el liberalismo y el capitalismo clásico descansa en el sujeto productivo, la que se forja entre el neoliberalismo y el capitalismo pos-industrial lo hace en el sujeto competitivo. Por esto, se gesta toda una serie de tecnologías destinadas al refuerzo del sí mismo para la competencia: “la racionalidad neoliberal empuja al yo a actuar sobre sí mismo para reforzarse y así sobrevivir en la competición” (2012: 335)

Las técnicas de gestión ligadas a la evaluación, la elaboración de proyecto y la elección de los procedimientos son trasladadas a la vida personal no laboral por diversas propuestas que apuntan al refuerzo del yo, tales como el coaching personal, la programación neurolingüística y el análisis transaccional. En todas ellas, si bien la apelación más inmediata a los individuos pasa por la optimización de la performance laboral, siempre hay un nexo con el modo en que aquellos encaran el conjunto de su vida. Como se expresa en la página web de uno de esos programas de capacitación, *Capite Corpus*, la misión es ‘enseñarle cómo hacer para’: la apertura a la indeterminación de esta misión permite pensar en que tras el ‘para’ es posible poner una cantidad casi infinita de cuestiones.⁶

El léxico de la empresa, según Dardot y Laval, unifica diversos ‘régimenes de existencia’, permitiendo articular en esta matriz ‘empresarial’ todos los componentes de la vida social e

⁶Ver <http://www.capitecorpus.com/pedagogie/mission>

individual (2012: 336). En este sentido, el yo es incitado a concebirse a sí mismo como locus de acumulación de los más diversos tipos de capital: intelectual, profesional, afectivo, social, emocional, tal como proponen las teorías del capital humano.

Pero si el sujeto está dispuesto a trabajar sobre sí mismo forjándose como locus de variadas formas de capital es porque lo mueve el deseo. Podría decirse que así como en el liberalismo clásico se supone, y se estimula, una matriz subjetiva en la que el motor de la acción es el interés, en el neoliberalismo, ocurre lo propio con una cuyo motor es el deseo – un deseo que no tiene objeto porque siempre está sumando nuevos objetos. Así, la gubernamentalidad neoliberal pone en juego tácticas de instrumentación cotidiana de la docilidad de los consumidores, y es posible poner en funcionamiento la disciplina de la deuda, es decir, mecanismos de control de las acciones individuales y colectivas a través de un endeudamiento que financia el consumo y al que se hace frente con la planificación de la vida privada y laboral.

De esta manera, se introduce un principio de racionalización del deseo: se puede gestionar la vida en función del deseo, pero a condición de dominarlo elaborando las estrategias adecuadas. Esta forma de gobierno de sí se conecta con el gobierno de la sociedad, a través de una ética, un *ethos*, un modo de existencia centrada en la autoobservación y el trabajo sobre sí en función de la gestión de la propia vida (Laval y Dardot, 2012: 336)

Para cerrar, cabría preguntarse si esta racionalidad gubernamental orientada al individuo considerado como sujeto de deseo y de competencia puede gobernar lo social. Si, a partir de los aportes de Ernesto Laclau (2005), pensamos lo social como el espacio común producido a partir de la articulación equivalencial de demandas de sectores a cuyas necesidades el sistema no ha podido dar respuesta, ¿es posible gobernar, poner límites a esas acciones colectivas, que presionan por la satisfacción de necesidades, a través de una estrategia tendiente a transformar a hombres y mujeres en empresarios de sí mismos?

En este sentido, podría decirse que en este caso se estimula la gestión de la vida propia, individual y colectiva, a través del empoderamiento. Se trata, como afirma Nikolas Rose, del empoderamiento de la comunidad entendida como el espacio de vida en común, ya sea de los vecinos, de los grupos constituidos en torno a la identidad genérica, o en torno a vivencias comunes tales como la enfermedad, la inseguridad, etc. (2007: 48).

De hecho, el empoderamiento de los pobres aparece, según José Giavedoni, como la nueva forma de gobierno de lo social (2009: 6). El empoderamiento de los pobres implica aliviar las cargas del estado en relación a las políticas sociales y aplicar la lógica del capital humano no como núcleo de la competencia sino de la responsabilidad solidaria de cada uno con el conjunto de la comunidad: formarse no para competir con los demás sino para fortalecer la comunidad de pertenencia en la tarea de gestión de las carencias.

A modo de cierre

Analizar el liberalismo y el neoliberalismo en clave de racionalidad gubernamental implica abordar cómo tienden a estructurar y organizar no solamente la acción de los gobiernos sino también la conducta de los gobernados. En este sentido, hemos tratado de recorrer el campo de prácticas discursivas y extradiscursivas a través de las cuales se produce esa estructuración. Si bien es cierto, como señala Audier, que en relación al neoliberalismo

cualquier procedimiento de homogeneización teórica incurre en un exceso de simplificación, también es posible ver que en términos de estrategia gubernamental se perciben elementos constantes que probablemente se deben a la escala planetaria que ha alcanzado un modelo de acumulación combativo y aguerrido que ha contribuido a modelar el mundo global.

De cualquier manera, el neoliberalismo potencia elementos que ya estaban presentes en el liberalismo clásico. Ambos configuran un régimen discursivo que implica una partición entre lo decible y lo no decible, definiendo qué puede y qué no puede ser dicho en relación a la política, el gobierno, los hombres, la sociedad, y al mismo tiempo, todo un campo de prácticas asociadas a ese régimen. Siguiendo a Michel Foucault, podemos decir que el liberalismo clásico inaugura un régimen de veridicción que sitúa en el mercado el lugar de producción de la verdad en relación a la política y la economía, y que ese régimen, fácticamente puesto en suspenso durante los treinta años gloriosos del Estado de Bienestar, se reinstala con vigor a partir del último cuarto del siglo XX.

En relación al tipo subjetivo que se recorta como sujeto gobernable, el *homo economicus* presupuesto para el siglo XIX no tiene las características del que identifica el neoliberalismo. El sujeto del liberalismo clásico participa de una multiplicidad de intercambios calculados que no se agotan en la lógica de la economía, y en todo caso, en su cálculo, intervienen expectativas ligadas a la afectividad, al reconocimiento moral, a las creencias religiosas. Es con el neoliberalismo que la economía coloniza todo el espectro de intercambios y el *homo economicus* exhibe esa exasperación naturalista del individualismo adquisitivo, como diría Caruso (2012: 17)

Esta conceptualización que subtiende la teoría tiene, a su vez, efectos políticos. Podría decirse que el neoliberalismo nos empuja a habitar el régimen de verdad del mercado, desplegando toda una serie de tecnologías que inducen a los hombres y mujeres a llegar a la verdad sobre sí mismos en su condición sujetos económicos. Este planteo abre un campo de interrogantes sumamente iluminadores para la política moderna: qué experiencia de sí se le habilita al sujeto en el marco de las reglas de veridicción del mercado, qué campo de subjetividad se liga a la idea de una convivencia social reglada por la mano invisible del mercado, qué efectos de subjetivación produce ese discurso que les dice a los individuos que son, o pueden ser racionales, adquisitivos, egoístas, maximizadores de beneficios. Y el punto de apoyo de esas tecnologías de subjetivación es el deseo: el *homo economicus* es un sujeto de deseo, y la gestión racional de ese deseo es pensada como el modo de construir un paisaje social poblado de ‘empresarios de sí’ que compiten, se endeudan para satisfacer su deseo, y actúan de manera previsible para la maquinaria gubernamental descentrada y capilar propia de esta fase del capitalismo tardío pos-industrial.

BIBLIOGRAFÍA

- AUDIER, Serge (2012), *Néo-libéralisme(s). Une archeologie intellectuelle*, Paris, Grasset.
- BECKER, Gary (1978), *The economic approach to human behaviour*, Chicago, University of Chicago Press.
- BENTHAM, Jeremy (1988), *The principles of morals and legislation*, New York, Prometheus [1789]

CASTEL, Robert (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Barcelona, Paidós.

CROUCH, Colin (2012), *La extraña no-muerte del neoliberalismo*, Buenos Aires, Capital Intelectual.

DONZELOT, Jacques (2007). *La invención de lo social. Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas*, Buenos Aires, Nueva Visión [1984].

FOUCAULT, Michel (2006). *Seguridad, territorio y población*, Bs. As: FCE.

----- (2007). *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires, FCE.

GIAVEDONI, José (2009), *Democracia, participación y nueva cuestión social. El empoderamiento de la sociedad civil como tecnología de gobierno de la pobreza*, ponencia presentada en XXI° IPSA World Congress, Santiago de Chile.

HARVEY, David (2007), *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal.

HIRSCHMAN, Albert (1999). *Las pasiones y los intereses*, México, FCE [1977].

HUME, David (1965), “Sobre el origen de la justicia y de la propiedad”, en *Ensayos políticos*, México, Herrero Hermanos, 1965 [1742-3].

LACLAU, Ernesto (2005), *La razón populista*, Buenos Aires, FCE.

LUHMANN, Niklas (1993), *Teoría política en el Estado de Bienestar*, Madrid, Alianza.

MAUSS, Marcel (1971), *Ensayo sobre los dones: razón y forma del cambio en las sociedades primitivas*, Madrid, Tecnos [1923].

MILL, John Stuart (1991), *Consideraciones sobre el gobierno representativo*, México, Gernika [1861].

----- (1840), *Coleridge*, en http://oll.libertyfund.org/?option=com_staticxt&staticfile=show.php%3Ftitle=241&chapter=21494&layout=html&Itemid=27

LAVAL, Claude (2007). *L’homme économique. Essais sur les racines du néoliberalisme*, Paris, Gallimard.

----- y DARDOT, Pierre (2012), *La nueva razón del mundo*, Barcelona, Gedisa.

MANENT, Pierre (1990). *Historia del pensamiento liberal*, Buenos Aires, Emecé.

PHILLIPSON, Nicholas (1993). “Politeness and politics in the reigns of Anne and the early Hanoverians”, en POCOCK, J.G.A. *The varieties of British political thought, 1500-1800*, Great Britain, Cambridge University Press.

ROSE, Nikolas (2007). “¿La muerte de lo social? Re-territorialización del territorio del gobierno”, en *Revista Argentina de Sociología*, Año V, N° 8.

SMITH, Adam (1941), *Teoría de los sentimientos morales*, México, El Colegio de México/FCE [1759].

----- (2010), *La riqueza de las naciones*, Madrid, Alianza [1776].

SCHOCHET, Gordon (1996). “Why should history matter? Political theory and the history of discourse”, en POCOCK, J.G.A. *The varieties of British political thought...*, Op. cit.

TOCQUEVILLE, Alexis de (1996). *El Antiguo Régimen y la Revolución*, México, FCE [1857].

TOUSSAINT, Eric (2012), *Neoliberalismo. Breve historia del infierno*, Buenos Aires, Capital Cultural.

WEBER, Max (2004), *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Buenos Aires, Prometeo, [1905].

Identidad, antagonismo y hegemonía.
La lectura de los intelectuales kirchneristas
en torno a la experiencia neoliberal de los '90 en Argentina

Alina Borovinsky

alinaborovinsky@gmail.com

Universidad Nacional de Entre Ríos - Facultad de Trabajo Social

Trabajo preparado para su presentación en el
VIII Congreso Latinoamericano de Ciencia Política,
organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP).
Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 22 al 24 de julio de 2015.

Resumen

Los últimos años se ha suscitado un renovado interés por la noción de identidad. Particularmente el pensamiento político encontró en las nociones de *identidad y diferencia* el soporte explicativo para dar cuenta de la conformación de sujetos políticos. En particular nos interesa explorar el modo en que las representaciones de la experiencia neoliberal argentina de la década de los '90, instalada en el núcleo de esa tensión identidad/diferencia, se han vuelto una clave interpretativa de los intelectuales kirchneristas para su análisis de la emergencia de un nuevo proyecto político con posterioridad a la crisis del 2001. En nuestro trabajo, entonces, abordaremos el proceso de construcción discursiva populista que sostienen algunos intelectuales adherentes al kirchnerismo a partir de las nociones de hegemonía y antagonismo propiciados por Ernesto Laclau, y de algunos aportes y críticas a estos conceptos que ofrece Gerardo Aboy Carlés.

Introducción

Este trabajo tiene como finalidad explorar la identidad política kirchnerista forjada en la última década en Argentina a partir de la teoría sobre populismo de Ernesto Laclau utilizando como unidades de análisis las dimensiones de la identidad popular que identifica Gerardo Aboy Carlés, a partir de los aportes del propio Laclau.

En particular abordaremos cómo se configura esa identidad en torno a la ruptura con la ideología neoliberal imperante en los años '90 en un movimiento de *refundación* y qué límites encuentra en ese intento, es decir, qué continuidades se mantienen durante el período que comienza en 2003 con la presidencia de Néstor Kirchner.

Adelantamos, entonces, las dos respuestas que guiarán este trabajo: primero, que ese discurso rupturista es característico de las principales identidades políticas argentinas (Aboy Carlés, 2010:14), y en segundo lugar, que el hecho de que permanezcan lenguajes y prácticas del período neoliberal durante la década posterior responde a una racionalidad gubernamental que está imbricado mucho más de lo que el kirchnerismo está dispuesto a aceptar.

Para realizar este análisis nos valdremos de los escritos de intelectuales argentinos que han adherido al kirchnerismo, al cual consideran un movimiento populista con base en el peronismo tradicional que supo integrar otros diversos movimientos, tanto los que habían sido desplazados desde la última dictadura en adelante, como los que surgieron al calor de las nuevas problemáticas que dejaron como consecuencia las políticas neoliberales de los años '90. Si bien en la actualidad la acción intelectual no tiene la centralidad política de otrora (de épocas donde prevalecía la figura del intelectual-político, sobre todo en la etapa previa a la ampliación del sufragio con la Ley Sáenz Peña de 1912), diremos con Aboy Carlés que la actividad intelectual sigue atravesando la constitución de identidades (2001:78). En el caso de estos intelectuales, justamente consideramos relevante su actuación en momentos claves del kirchnerismo, incluso constituyendo un grupo de apoyo con el nombre de Carta Abierta.

Identidad política y populismo. Aportes teóricos.

En primera instancia recurriremos a los aportes del filósofo posmarxista Ernesto Laclau, quien propone una teoría del populismo, al cual analiza como una lógica de lo político y de las identidades sociales a partir de investigar la racionalidad propia del populismo.

Este enfoque se funda en privilegiar el momento de la *articulación política* a partir de la categoría central de *hegemonía*. Para que una relación entre entes resulte hegemónica requiere de la condición que una fuerza social particular asuma la representación de una totalidad que es radicalmente inconmensurable con ella. Este tipo de “universalidad” hegemónica es el único que una comunidad política puede alcanzar. De este modo, este enfoque se diferencia de aquellas perspectivas meramente universalistas (como la perspectiva consensualista habermasiana) y las que avalan exclusivamente los particularismos (Laclau y Mouffe, 2010:10). Los autores afirman que conciben a la universalidad como universalidad *política*, y en tal sentido, como dependientes de las fronteras internas de la sociedad, fronteras *antagónicas* que revelan los límites de toda objetividad. El concepto de antagonismo es central en la obra de Laclau en tanto considera que la división social no sólo es inherente a la política sino que es necesaria para la posibilidad de la política democrática (2010:14).

Esta importancia del lugar del desacuerdo en la democracia proviene de uno de sus presupuestos ontológicos básicos: la imposibilidad de cierre de cualquier identidad o estructura. Así, el desacuerdo deja de ser un simple rasgo empírico de la vida política para convertirse en una característica constitutiva de la sociedad moderna (Norval, 2008:194).

El fundamento de lo universal se encuentra vaciado de todo contenido concreto, y se convierte en el nombre del *fundamento imposible* de lo social (1996). Así, la universalidad

debe continuar vigente como horizonte vacío de lo social. Si la hegemonía es, entonces, la relación entre las dimensiones de lo universal y particular, “el proyecto democrático sería aquel que conserva conscientemente la tensión ineliminable entre universalismo y particularismo, que acepta totalmente la naturaleza contingente de la empresa política y en el cual la dimensión de universalidad siguiera siendo un horizonte vacío sin convertirse jamás en otro fundamento positivo” (Critchley y Marchart, 2008:24).

Lo universal sería entonces un conjunto unificado de demandas equivalenciales que, en un momento histórico, son compartidas por las diferentes particularidades que conforman la comunidad. No es más que un particular que, mediante una operación hegemónica, en algún momento se ha vuelto dominante (Gasché, 2008:43). Dado que no existe ningún contenido predestinado a priori para ocupar el lugar vacío, cualquiera tiene derecho a suturar ese lugar, por ello se trata de un “significante vacío”. Laclau dice que una sociedad democrática no es aquella en la cual predomina el “mejor” contenido que jamás es cuestionado, sino aquella en la que nada está definitivamente adquirido y siempre existe la posibilidad del cuestionamiento., y es por ello que la democracia es posible (Norval, 2008:199).

Las demandas o identidades particulares tienen la posibilidad de universalizarse siempre que tenga lugar un proceso de articulación contingente y lucha política. El proceso de construir hegemonía es de doble carácter: por un lado las demandas son siempre específicas, y por otro lado para universalizarse deben estar marcadas por algo que trascienda su particularidad.

A los planteos de Laclau agregaremos las especificaciones y complejizaciones en algunos puntos que realiza Gerardo Aboy Carlés, en tanto nos proporciona herramientas para plasmar esta orientación teórica en el estudio de formaciones políticas concretas.

El autor afirma que el momento de la conformación de una identidad política no es anterior al de su representación. Retoma a Jacques Derrida para decir que la representación es la constitución misma de la presencia de lo representable, lo representado y el representante, y es ese proceso en el que se constituyen la presencia, la identidad y los liderazgos (2001:39).

Para Derrida, la representación se explica en términos de suplementariedad. *Suplemento* remite a una falta inscripta en toda entidad que requiere para ser tal una alteridad. Derrida sostiene que no sólo la presencia es la condición de la representación sino que la representación es condición de la presencia porque “*el suplemento no es ninguno de esos términos*” (2010:40), el suplemento es siempre suplemento de un suplemento, es como un afuera que es el adentro.

Esta visión de la representación establece la necesidad estructural de pensar la mutua implicación de los planos de la representación y su génesis simultánea. Con el término de *suplementariedad* se abre el camino para establecer dos dimensiones básicas que hacen a la noción de identidad política: por un lado la dimensión *representativa*, el juego entre lo representado y el representante, que no se agota en un liderazgo sino que implica prácticas configuradoras de sentido; y por otro lado la idea de una *alteridad* necesaria en la constitución de toda identidad, una clausura o cierre que la hagan posible.

Llegados a este punto, Aboy Carlés critica a Slavoj Žižek sobre la performatividad radical de la nominación: las prácticas articuladoras que constituyen y organizan relaciones de sentido nunca tienen lugar en un vacío discursivo -como afirma Žižek- sino en un campo parcialmente objetivado por el efecto de sedimentación de prácticas articuladoras pretéritas. Y en un campo en el que sentido deberá establecerse a partir de la competencia entre las distintas prácticas articuladoras presentes. La perspectiva de una performatividad radical de la nominación deja de lado estas dos características inherente a toda formación política.

Volviendo a Laclau, si bien el filósofo no hablará de la posibilidad de alguna “identidad básica”, sí advierte una distinción en los momentos de constitución de una identidad. La constitución de toda identidad encuentra identidades previas constituidas, es decir, prácticas sociales sedimentadas configuradoras de sentido (Laclau, 2000).

Para avanzar hacia un concepto de identidad política hay que detenerse en el significado de *diferencia*. Diferencia es una cualidad o accidente que permite distinguir una cosa de otra. Pero tal cualidad no puede concebirse como un atributo de la entidad que constituiría por sí mismo su identidad sino que se inscribe en un orden simbólico fuera del cual ninguna propiedad podría ser predicada de un objeto en virtud de que el mismo carecería de límites que lo hicieran discernible. Cada elemento del sistema se constituye como identidad sólo a partir de su relación con los otros, a partir de su inscripción en una trama de relaciones. Identidad y diferencia son la condición y la inauguración misma del sentido (Aboy Carlés, 2001:45)

Pensar la diferencia política es, por tanto, pensar cómo este principio que es condición misma de la inteligibilidad de un campo de prácticas sociales al que denominamos “lo político”, y opera al interior de dicho campo. Pensar la diferencia y la identidad en política no es otra cosa que pensar los límites de la acción política.

La perspectiva de Laclau combina la performatividad de la nominación con la consideración de que las articulaciones que configuran sentido no se dan en un vacío discursivo. Como decíamos, retoma de Husserl los conceptos de sedimentación y reactivación (Laclau, 2000) para fundamentar una teoría de la constitución de lo social. Es en el momento de institución originaria de lo social en el que la contingencia queda al descubierto, puesto que toda institución tiene lugar a partir de la represión de otras alternativas que eran igualmente posibles. Esa institución originaria siempre es política para Laclau: lo social es la sedimentación de acciones políticas previas (Aboy Carlés, 2001:47) Lo social es así el borramiento de la fundación política, su sedimentación. Toda acción dadora de sentido tiene lugar sobre una superficie parcialmente objetivada. Se distingue de lo político en tanto este último es el momento del antagonismo.

Laclau parte de la noción de estructura como un sistema de diferencias; al preguntarse por los límites de tal estructura, Laclau advierte que más allá de un sistema de diferencias sólo puede haber otra diferencia. Este “exterior constitutivo” permite constituir al sistema como totalidad a la vez que lo hace imposible. Para ser excluido ese exterior debe ser algo que ponga en cuestión la diferencia misma intra-sistema. Esta lógica es la que impide que una identidad social sea plenamente constituida. Laclau resuelve este problema a través del doble funcionamiento de una de las diferencias intrasistema, que asume la forma de un

significante vacío, actuando como particular y como universal a través de la lógica de la hegemonía.

En un trabajo con Lilian Zac (Aboy Carlés, 2001:50), Laclau retoma del psicoanálisis la distinción entre los conceptos de *identidad* y *acto de identificación*. La identidad aparece allí como el producto de sucesivas identificaciones imaginarias, mientras que el acto de identificación es la fundación de una nueva significación, y como tal, la posibilidad de desestabilización de toda identidad objetivada. La identidad aparece como un sello de lo que podríamos denominar “pretericidad” en la orientación de la acción, mientras que el acto de identificación es la institución de nuevos sentidos, más allá de la simple repetición, y que como tal puede materializarse en una nueva nominación que articulará discursos dispersos atribuyéndolos a una nueva unidad de referencia, o bien consistirá en el desplazamiento en la significación que articula a un determinado actor.

En conclusión, la política se define como constitución de solidaridades en base al establecimiento de afinidades y diferencias. A partir de lo expuesto hasta aquí, Aboy Carlés define a la identidad política como “*el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido que establecen, a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades gregarias de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos. Toda identidad política se constituye y transforma en el marco de la doble dimensión de una competencia entre las alteridades que componen el sistema de la tensión con la tradición de la propia unidad de referencia*” (2001:54). En esta perspectiva, el concepto de identidad debe ser concebido en la perspectiva de un devenir: una identidad está expuesta como límite a la pura pretericidad y a la posibilidad lógica de una pura institución. En un punto particular (y contingente) dentro de estos límites deviene toda identidad.

En base a esta definición, el autor brinda elementos analíticos (ni orgánicos ni sustanciales) para el estudio de las identidades políticas (2001:67).

En primera instancia encontramos la alteridad. Decíamos que la identidad política se formula en torno al juego suplementario entre la negatividad del antagonismo y la constitución de la propia identidad como tal, que evoca la clásica distinción de Carl Schmitt entre *amigo* y *enemigo* para definir lo político., estableciendo un límite respecto de un exterior.

La segunda dimensión es la representación, derivada también del concepto de *suplementariedad* como constitutivo de toda identidad. El elemento que define esta dimensión es el nunca acabado cierre interior de una superficie identitaria. Aboy Carlés dirá que no hay identidad política ajena a un juego de representación suplementaria entre representantes y representados; no hay política por fuera de la representación. Aparecen aquí como elementos centrales tanto la constitución de un liderazgo, como la conformación de una “ideología política”, la relación con ciertos símbolos como elementos cohesivos de una identidad.

Por último, la dimensión de perspectiva de la tradición refiere a que toda identidad política se constituye en relación a un sistema temporal en el que la interpretación del pasado y la

construcción del futuro deseado se conjugan para dotar de sentido a la acción del presente. La asimilación del accionar presente a empresas pretéritas adquiere particular importancia al contribuir a cubrir de sentido a la acción colectiva a partir de una legitimación de tipo tradicional.

A estas reflexiones incluiremos que para Aboy Carlés en Argentina se da una dualidad particular constitutiva de las identidades políticas argentinas, en un doble movimiento: la difícil coexistencia de una tendencia a la ruptura respecto al orden y actores del pasado, que deriva en una empresa regeneracionista (o refundacionalista); y por otra parte, una aspiración a un cierre de las conflictividades, una “irrealizable pretensión de clausura de todo espacio de diferencias en una formación política” a la que el autor denomina *hegemonismo* (2001a:385).

La frontera neoliberal

Como decíamos uno de los movimientos del populismo es el *fundacionalista*, por el cual se intenta crear una abrupta frontera respecto del pasado. En el caso del kirchnerismo, esta ruptura se plantea con respecto al menemismo, forma que tomó el neoliberalismo en Argentina.

En este punto vamos a introducir algunos conceptos en referencia a la corriente neoliberal, principalmente desde lo que plantea Michel Foucault en *El Nacimiento de la Biopolítica* (2007).

Recordemos que en el pensamiento neoliberal se configura a partir del auge del Estado de Bienestar, al cual se opone en tanto lo considera un potencial totalitarismo; según Foucault, se comienza a tratar la cuestión del Estado a partir de una ‘lógica inflacionaria’ por la cual éste comienza a intervenir cada vez más en la economía, que da pie a las teorizaciones de los ordoliberales alemanes sobre lo que Foucault llama “fobia al Estado” (2007: 102).

Foucault afirma que el *arte de gobernar* del neoliberalismo se basa en la competencia, a diferencia de la racionalidad liberal clásica que se nutría de la generación de derechos conforme a un “homo economicus”, un individuo racional, egoísta y calculador, que busca maximizar beneficios y reducir costos. A la racionalidad neoliberal, entonces, le corresponde un nuevo tipo de sujeto: el empresario de sí mismo. Este sujeto compite en el mercado, invirtiendo en sí mismo, y generando un “capital humano” (capacidades, aptitudes, relaciones, etc.).

A partir de estas conceptualizaciones podemos acercarnos a la consideración acerca de lo social en el neoliberalismo, que los intelectuales kirchneristas van a criticar fuertemente: la idea de que esta autogestión del individuo implica su responsabilidad sobre su situación social y económica, es decir, la responsabilidad del propio sujeto sobre sus condiciones de pobreza y riqueza.

En coincidencia con los planteos de Foucault, Pierre Bourdieu afirma que la fuerza de la ideología neoliberal estriba en que se basa en una especie de neodarwinismo social: son los mejores y los más brillantes los que triunfan. Es una filosofía de la competencia según la

cual los más competentes son los que gobiernan y los que tienen trabajo, lo que implica que quienes no lo tienen no son competentes (Bourdieu, 1999:51). De esta manera, el neoliberalismo es una nueva revolución conservadora, que recurre a las ideas de progreso, la razón y la ciencia para justificar la restauración, ridiculizando al pensamiento y acción progresista. Mediante estos planteos, el neoliberalismo pudo corroer en gran manera el imaginario sobre el Estado y la sociedad a pesar de la fuerte tradición estatista Argentina.

Como afirma Verónica Gago (siguiendo a Foucault) es esta la innovación radical del neoliberalismo: gobernar mediante el impulso de las libertades. El neoliberalismo enhebra tecnologías, procedimientos y afectos que impulsan la iniciativa libre, la autoempresarialidad, la autogestión y la responsabilidad sobre sí (2014:10). La investigadora propone una topología primera acerca del neoliberalismo: *desde arriba* da cuenta de una modificación del régimen de acumulación global – es una fase del capitalismo- mientras que *desde abajo* se trata de la proliferación de modos de vida que reorganizan las nociones de libertad, cálculo y obediencia, proyectando una nueva racionalidad y afectividad colectiva (2014:11). Gago afirma que si bien la crisis de 2001 marcó un quiebre en la legitimidad política del neoliberalismo “desde arriba”, este logró sobrevivir en sus dos formas: por arriba como renovación extractiva-desposesiva de un nuevo momento de soberanía financierizada, y como racionalidad por abajo que negocia beneficios en ese contexto de desposesión, en una dinámica contractual que mixtura formas de servidumbre y de conflictividad.

Desde esta perspectiva la autora afirma que resulta “difícil convencerse de que el fin del neoliberalismo depende de la declaración de unos gobiernos que dicen haber dejado atrás esas políticas, porque el neoliberalismo es una forma anclada en los territorios, fortalecida en las subjetividades populares, y expansiva y proliferante en términos organizativos en las economías informales” (2014:14).

La identidad política kirchnerista. Dimensiones de análisis.

*Alteridad: el conflicto en el centro del esquema kirchnerista

Podríamos afirmar que si hay algo en lo que concuerdan tanto kirchneristas como sus opositores es en la centralidad del conflicto como forma de hacer política en esta década; forma rechazada desde los sectores moderados que apelan a un discurso político de la unidad y el consenso, y sostenida -sobre todo- desde los sectores dirigenciales e intelectuales del kirchnerismo en tanto la consideran fundamental como litigio por la igualdad.

Sin embargo, no todo el período que va desde 2003 hasta la actualidad fue uniforme, y consideraremos dos momentos que se diferenciaron: la Presidencia de Néstor Kirchner -caracterizada por el intento de conformar un espacio transversal- y luego los dos mandatos de Cristina Fernández en los cuales la confrontación con sectores opositores tomaría niveles, en algunos momentos, críticos.

Los primeros años del kirchnerismo estuvieron marcados por la recomposición económica y social post 2001. Continuando con una tendencia que había comenzado en el año anterior

en la presidencia de Eduardo Duhalde, se mantuvo la recuperación de los niveles de empleo y comenzaron a bajar las tasas de pobreza e indigencia, principalmente a través de una red de contención social -de la que había carecido el menemismo-. Esta recuperación económica vino también de la mano del “boom de la soja” cuyas retenciones -que habían sido implementadas en 2002- comenzaron a ser volcadas al Estado para un intento de redistribución.

Las principales políticas, entonces, tendieron a saldar la crisis precedente, y recuperar el papel del Estado en el rumbo político y económico, recuperando también la dimensión institucional democrática que se había visto deteriorada en los noventa (como la renovación de la Corte Suprema de Justicia). En principio, se buscó garantizar la inclusión del país en el mercado mundial -fundamental en el país agroexportador- a través del pago al FMI y a la reestructuración del resto de la deuda externa, como forma también de mantener autonomía de estos organismos internacionales en la toma de decisiones económicas.

Este primer tiempo kirchnerista estuvo marcado por un intento de transversalidad a través del cual se buscó mantener e incluir a los movimientos sociales y piqueteros que habían surgido de la protesta social de fines de la década del 90. “El kirchnerismo comenzó su tarea citando a los dispersos” afirma Horacio González (2012:59) cuestión que en 2005 comenzó a ver obstáculos, año en que se realizaron las elecciones legislativas y en las cuales el kirchnerismo requirió del aparato del Partido Justicialista (PJ) para enfrentarse al sector de Duhalde.

Este primer período del kirchnerismo es considerado como uno de los más gloriosos, reivindicado por un amplio espectro de la política argentina que excede al kirchnerismo, no sólo por la rápida recuperación económica, sino también por esta impronta de Néstor Kirchner que sería recordado como el negociador, el que supo controlar y equilibrar intereses entre distintos sectores, caracterización a partir de la cual se lo compararía luego con la gestión de su compañera Cristina Fernández.

Si en estos primeros años la distinción se logra a partir de una mirada hacia el pasado inmediato - la década neoliberal - a partir de los años 2007/08 la consigna de profundizar el modelo implicaría un desplazamiento discursivo que encontraría sus contrincantes en la coyuntura.

En el 2007 CFK gana las elecciones presidenciales ante una oposición dispersa, en el medio de un próspero clima económico, de crecimiento sostenido. En estos años se conforma el bloque kirchnerista más duro, durante la cual la participación política se hace más extensiva, se conforman nuevas y numerosas agrupaciones políticas -sobre todo juveniles, y principalmente en el espectro kirchnerista-.

A partir de la presidencia de CFK entonces, se intensifica el discurso político, en el sentido en el que aquí comprendemos la palabra, es decir, como la conformación de un campo antagónico. En palabras de Horacio González “si se combate realmente la pobreza, como anhela ser el caso, se viene a antagonizar” (2012:56).

El kirchnerismo se planteó como la continuación del peronismo del ‘45, con los ideales y sueños de la generación setentista -que era su generación-, y decidió plantarse frente a lo que llamaron las corporaciones. Las dos grandes conflictos mediante los cuales el

kirchnerismo cerró filas y se presentó como el proyecto nacional y popular frente a los que consideraron representantes de los intereses foráneos anti-argentinos, fueron el denominado “conflicto con el campo” y luego durante la discusión y posterior implementación de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual.

Ambas confrontaciones fueron generadas por el kirchnerismo a través de propuestas de gobierno (la Resolución 125 y la ley de medios sancionada por el Congreso), en un período que continuaba con un auge económico a pesar de las condiciones internacionales, es decir, que estos problemas no pertenecían condiciones estructurales ni heredadas.

En el caso de la Resolución 125, por la cual se incrementan los valores de las retenciones a la exportación de soja, le costó al kirchnerismo la pérdida de la elección legislativa de 2009 frente esporádicas alianzas cuya expresión coyuntural se notaría para 2011, ya que no habían llegado a constituir un “partido del campo”.

Este conflicto marcó a fuego la década de Kirchner y dividió a la clase política y la sociedad en dos grupos: campo vs. gobierno. En el medio de este clima de “crispación” según la oposición y de “clima destituyente” para el gobierno ambos supieron agitar los fantasmas de un populismo decisionista por un lado, y de los poderes que pretenden una interrupción de mandato democrático.

Durante este conflicto jugaron un rol preponderante los medios masivos de comunicación. Habiéndose expresado su intención de reformar la Ley de Radiodifusión y medio que regía desde la dictadura, el kirchnerismo encontró oposición en las principales corporaciones mediáticas que actuaron casi de instancia paralela al Congreso, con los principales referentes el campo y los dirigentes políticos que acompañaron la protesta en continua aparición en dichos medios.

Si bien la nueva Ley de Servicios y Comunicación Audiovisual (2009) obtuvo el apoyo de sectores por fuera del kirchnerismo, este apenas logró alcanzar la mayoría parlamentaria para aprobarla y la ley que daría identificada exclusivamente con el oficialismo, tomando forma de confrontación con el grupo de multimedios clarín.

Mientras que desde el gobierno se enfatizó como un logro de la democracia de la democratización el acceso y la distribución de señales y frecuencias, desde la oposición se la consideró resultado de una enemistad circunstancial con el multimedio que empezaba a mostrar críticas al gobierno con el cual anteriormente había sido un aliado. De aquí en más se denominará “batalla cultural” a esta lucha mediática en la que para los intelectuales kirchneristas se pondría en juego el valor de la palabra el sentido mismo de la democracia.

*Representación: la preponderancia simbólica

Como decíamos al principio de este trabajo, no hay política por fuera de la representación. No hay identidad si no hay exclusión (una dimensión de alteridad), pero tampoco hay constitución posible de una identidad en una dimensión puramente representativa.

La representación, en la democracia liberal, es básicamente la diferenciación entre Sociedad y Estado en tanto se distingue entre gobernantes y gobernados, de lo cual se desprende el carácter delegativo de la misma. Paralelamente hay una dimensión simbólica

por la cual los representados se identifican con sus representantes (consignas, enunciados, símbolos, etc.).

Diremos entonces que el momento de la representación es el momento de la política, la forma institucionalizada que toma el conflicto que no puede mantenerse siempre como tal, que no puede eternizarse. Si en el centro de *lo político* lo que aparece es el antagonismo, en el foco de la política encontramos la instancia donde el enemigo se transforma en adversario o competidor (Aboy Carlés, 2001:65).

En el análisis de la dimensión de alteridad veíamos que en la génesis del kirchnerismo hubo un intento transversal de incorporar sectores sociales surgidos de la crisis de representación del 2001. En vistas a las elecciones de 2005 el kirchnerismo se vio con la necesidad de recurrir al aparato del Partido Justicialista para vencer a su adversario en las internas. Este hecho redundó en que estos sectores quedaran incorporados (absorbidos) al interior del gobierno, y aquellos que se mantuvieron por fuera del armado kirchnerista se volvieron opositores y fuertemente críticos sobre todo porque se trataba de espacios de izquierda resistentes al PJ.

Si bien el 2003 todavía muestra los signos de una contienda electoral convulsionada, el 2005 el sistema político representativo ya aparece con síntomas de restablecimiento, en tanto bajaron notablemente los porcentajes de votos en blanco y nulo, y los partidos políticos - manteniendo en general los liderazgos de quienes *no se fueron* después de la crisis- comenzaron a reconfigurarse. Por un lado el Frente para la Victoria (instrumento electoral del kirchnerismo con base en el aparato del PJ) y una oposición que irá mutando en diversas alianzas o (o al menos en intentos de) y en base a consignas o postulados que en algunas ocasiones harán referencia al rescate de los valores republicanos, socialdemócratas, en defensa de calidad institucional, etc.

Ante este panorama de sistema político representativo recompuesto, la construcción del Frente para la Victoria no realizó grandes innovaciones: y su fuerte se constituyó en el territorio, más bien en los poderes territoriales con base en el aparato electoral del peronismo clásico. Incorporó movimientos de base popular, sindicalistas (con los cuales hasta 2001 mantuvieron un fuerte apoyo de la CGT liderada por Hugo Moyano), y por sobre todo el sostenimiento y alianza con los gobernadores del PJ. También es de destacar el apoyo de los intendentes del conurbano bonaerense que debido a datos demográficos fundamentales son claves a la hora definir una elección (la provincia de Buenos Aires tiene casi 12 millones de electores, lo que equivale al 37% del padrón electoral nacional).

En esta instancia, entonces, de la política de la gestión y tramitación del conflicto político el kirchnerismo no implementó grandes reformas. La mayor participación de la sociedad, como la inclusión de los jóvenes a la política, no podría extrapolarse en términos de representación. Las nuevas agrupaciones, los nuevos candidatos se incorporaron en función de una representación partidaria. Lo que hubo fue una absorción hacia el espacio partidario ya conformado, lo que explicita las dificultades de una construcción política pluralista.

Resulta necesario rescatar lo que otrora significó el populismo (el de mediados del siglo XX), las contradicciones que lo impregnaron en tanto si bien el Estado pudo incorporar conquistas sociales, tuvo dificultades para relacionarse democráticamente con la sociedad

civil. Nicolás Casullo afirma que se consideró al populismo como el advenimiento (mesiánico) de lo que se pretendió una nueva cultura que se forjó al leer América y lo nacional en su “verdadera realidad”, y se planteó en términos de confrontación maniquea entre pueblos y enemigos del pueblo (2008:212). Una empresa popular latinoamericana que remitió como lejana huella a una ‘guerra’ inconclusa por la total independencia. La visión estatista reformadora entrañó un modelo de poder a la vez democratizador y autoritario a cargo de los representantes y mediadores del pueblo movilizado.

El populismo recompuso las relaciones Estado-Sociedad a partir de la intervención del Estado (Casullo 2008:214). Esto promovió la dificultad que tiene el movimiento o partido nacional para articularse con el régimen democrático en el cual se instala como fuerza que combina democracia institucional y formas de aparición de lo democrático desde organizaciones extraparlamentarias que aparecerán como la carga “corporativista” de la nueva política en escena. Esta trama “sociedad-Estado-sociedad” se redespiega en términos muchas veces verticalistas y disciplinarios con riesgos de acentuar lógicas políticas autoritarias. El populismo se presenta ante la crisis de los Estados burgueses, agudiza tales crisis a la vez que instaura un Estado fortalecido para un tiempo excepcional a enfrentar. Este Estado aparece de manera dual: como fenómeno de una democracia mucho más decisionista y disciplinante, y a la vez expansiva de los propios límites democráticos.

El aspecto de representación al que el kirchnerismo apeló fuertemente fue a su dimensión simbólica. La denominada “batalla cultural” convocó a intelectuales y periodistas tanto desde el oficialismo como desde la oposición que retomaron la discusión (neutralizada por el discurso del fin de la historia en los años ‘90), ahora reproducida por los medios de comunicación y redes sociales, acerca del proyecto de país “viable”.

Para Nicolás Casullo (2008:131) se ha construido, desde el credo liberal, un sentido común político acerca del populismo, que busca reconstruir ese ‘relato del mal’ como aparición de una novedad vieja. En la actual escena de disputa –hilvanada desde vectores mucho más estéticos que políticos, más ligada a mundos culturales simbólicos mediadores que a argumentos precisos- lo que sobresale es una *construcción de efectos*, de sentimientos, estados de ánimo, mundos episódicos parciales.

Casullo, Forster y González coinciden en que en las sociedades contemporáneas lo mediático actúa como una *política cultural* y como una *cultura política*. Casullo (2008:132) afirma que los medios masivos de comunicación transmiten un mensaje que construye las formas decisivas de la “politización despolitizadora”, que edifica culturalmente esa política que actúa como dispositivo que pretende, por una parte, un efecto de totalización comprensiva, y por otra acciona desde la constante construcción ficcional-realista de “la vida común de la gente”. Estamos frente a una cultura que atraviesa lo comunitario desde el alarmismo social, la antipolítica, el termómetro de inseguridad, el analfabetismo frente a cualquier situación compleja.

Ricardo Forster también enfatiza el carácter cultural de la ofensiva de la derecha neoliberal, cuyo bastión principal son los grandes medios de comunicación (2012:28). Éstos logran constituir la escena del desmoronamiento, de la impostura y la fragilidad de las instituciones. Las corporaciones mediáticas –piedra basal de las políticas neoliberales-formadoras de opinión, tienen como objetivo, dice, vaciar la democracia. El primer paso es

debilitar las instituciones y desplegar las formas dominantes de un *sentido común* atravesado por el resentimiento y el prejuicio (2012:30). Horacio González afirma que el neogolpismo se estructura en un lenguaje que antes de voltear instituciones las deja como un pellejo vacío (citado en Forster, 2012:29).

La expansión del sentido común que ha construido el liberalismo genera que los sectores medios le teman a la anomia de “los de abajo” y se adecúen mejor a las imágenes de neobarbarie que a la ampliación de derechos y a la puesta en evidencia de lo socialmente no resuelto. Para quienes desean una ‘igualdad desigual’ hay una amenaza en la exigencia de querer ampliar la determinación jurídica de la igualdad ante la ley incorporando redistribución de la riqueza (2012:32). A la vez, niegan la participación democrática alegando el principio de la representación como delegación de facultades.

Este hegemonismo mediático es mucho más un producto de una consumación técnica de la civilización consumista urbano masiva, que la de un plan diabólico de periodistas contra la vigencia de la política. Ante esta negatividad que entumece una praxis política pensada para el bien común, la política resulta un desafío. Es en este contexto, en que política y cultura se superponen, en el cual debemos situar la cuestión del populismo (Casullo, 2008:135). De esta manera, cuando se habla de populismo, estamos hablando de “una encrucijada donde las cargas semánticas del pasado ocupan un lugar privilegiado en la comprensión del tiempo político” (2008:136). Esta connotación conduce a la propia espectralidad del populismo: desde los medios se instauro la idea de una repetición, pero aquello que se repite nunca es igual a lo ya entendido. Se trata de lo inentendible que “todos entienden” (2008:138), es decir una construcción –por parte del liberalismo- de un sentido común que no interroga, no se pregunta acerca de las condiciones de la realidad.

Para Ricardo Forster –utilizando palabras de Beatriz Sarlo- puede hablarse, en la última década, de una “hegemonía cultural” lograda por el kirchnerismo, al que le atribuye la capacidad de haber perforado el “sentido común”, alcanzando a interpelar a amplios sectores sociales que antes no se sentían convocados por ese relato. La batalla cultural había sido ganada, hasta hace pocos años atrás, por el neoliberalismo. Sus consecuencias más evidentes fueron la degradación de la vida social, el predominio de una lógica hiperindividualista, la sustitución de la política por la administración y la gestión de cuerpos y bienes, transformando la vida democrática en un mercado en el cual la libertad es libertad para consumir (2012:159).

La importancia de desenmascarar el pretexto sobre el populismo radica en que lo popular, dice Casullo citando a Laclau, aparece jaqueando sociedades falsamente reconciliadas a través de distintas formas de despolitización democrática que juzga negativamente todo antagonismo real. La nueva derecha suplantó con “la gente”, “la sociedad civil” a los actores y partidos democráticos, emitiendo un mensaje de rechazo a la política, el conflicto y el Estado. La ciudadanía pasó a ser, desde el recetario liberal, el simple derecho individual de una libertad personal abstracta (2008:197). Se naturalizó la democracia a la vez que se amplió la despolitización de la sociedad, y los sujetos portadores de demandas igualitarias quedaron invisibilizados tanto en sus derechos como en su existencia real (Forster, 2012:37).

En este panorama, queda clara la dificultad de cualquier intento de política popular por querer instalar prácticas y discursos con impronta redistribuidora, como pretendió el kirchnerismo.

Ejemplo de este inconveniente es el hecho de que en que la década en la cual “volvió la política” los tres principales candidatos a suceder a CFK son aquellos que más han buscado alejarse del lenguaje del conflicto. Macri, Scioli y Massa son referentes de una política descontracturada, con un discurso en base a la cercanía con el ciudadano, con “la gente”. Sus referencias más que grandes líderes políticos o hazañas históricas son a los problemas “del vecino”, con temáticas que circulan en los medios como la inseguridad, a lo que responden a partir de demostraciones de “gestión” más que a una política de la disputa. Y esto es así porque son dirigentes que se sumaron a la política en la década de los ‘90 y son herederos de ese lenguaje empresarial volcado a lo público.

De esta manera, la representación se termina midiendo, en la era del kirchnerismo, de acuerdo a los resultados y liderazgos territoriales (la premisa clásica del que tiene más votos) que en torno a una matriz simbólica de una batalla cultural que no tuvo eco más allá de medios de comunicación o sectores académico-intelectuales.

*Perspectivas de la tradición.

Ningún discurso sobre el pasado, tan básico en la construcción de un “*quienes somos y donde venimos*”, se da al margen de una dimensión de alteridad y de una dimensión representativa, y como afirma Zlavoj Zizek “*el pasado está siempre presente en forma de tradición histórica y el significado de estas huellas no está dado; cambia constantemente con las transformaciones en la red del significante*” (citado en Aboy Carlés, 2001:70).

La experiencia de la crisis de representación habilitó lo que Laclau definía como *acto de identificación*, es decir, una nueva narración de la situación existente, y de las posibilidades de articulaciones colectivas. En este contexto, el kirchnerismo aparece con un “discurso anómalo y excepcional” (Forster, 2010:16) que toma por sorpresa a un país que intentaba salir de una gran crisis social, económica y de representación (o legitimidad) cuya consigna era “que se vayan todos”. El kirchnerismo aparece con una presencia ideológica que hacía frente a las voces noventosas del fin de la historia, rescató al peronismo de ese sesgo menemista de detentor del orden y defensor de las grandes corporaciones económicas y financieras para reinstalar el papel del Estado como defensor de los sectores más vulnerables, con una impronta redistribuidora del ingreso para el cual postularon a la economía al servicio de la política (y no a la inversa, como en la década precedente).

De esta forma, en torno a la inmediatez histórica el kirchnerismo planteó su distancia con respecto a los años ‘90 neoliberales, para luego desplazar esa confrontación hacia sectores opositores a su gobierno. Así, durante los conflictos antes mencionados la oposición será señalada como aquellos sectores beneficiados con las políticas económicas en la década anterior, en otra ocasión como “restauración conservadora” en referencia a la alianza campo-iglesia-empresas en el año 2008, e inclusive como cómplices de la última Dictadura en especial en referencia al diario Clarín. O sea, apelaron a los viejos movimientos que en diferentes momento pretendieron destituir -o se opusieron gobiernos populares.

El kirchnerismo buscó interpelar el presente con una fuerte referencia al pasado. La recuperación de una memoria colectiva en el discurso político, especialmente en torno a los años más oscuros de la Argentina como los años '70, derivó en la política de derechos humanos.

Este fue un fuerte (y anómalo) punto en que el kirchnerismo pudo diferenciarse del menemismo que impulsó las leyes de Obediencia Debida y Punto Final por las cuales quedaron sin efecto las casusas contra militares. Las “leyes del olvido” fueron suplantadas por políticas de la memoria, que más allá de los juicios a genocidas y cómplices (militares y civiles) incluyeron una preponderancia de las organizaciones de derechos humanos en el Estado, la recuperación de espacios públicos como espacios de la memoria, la celebración del 10 de diciembre como el día de la democracia –en coincidencia con el día internacional de los derechos humanos- todo en pos de una jugada iconográfica cultural que sostiene el carácter democrático que el kirchnerismo sumó como consigna de proyecto nacional y popular.

Para los periodistas y divulgadores es funcional a sus intereses entender a la historia como repetición. Si bien pueden encontrarse similitudes con los años '70, no se trata de una repetición (Forster, 2012:49). Algunas experiencias resemantizan antiguas tradiciones mientras que otros se encargan de demonizar aquello que amenaza con reinstalar el espectro del populismo. Forster afirma que asistimos a una reintroducción de palabras y conceptos olvidados o despreciados pocos años atrás, junto con un cierto retorno de la política, ahora desprendida, después del dominio de las retóricas neoliberales, de su reducción mercantilista o de su neutralización tecnocrática (2012:53-54). Estos “retornos” vienen a condicionar la aparente homogeneidad que impone la globalización (Forster, 2012:54), homogenización que atravesó no sólo la dimensión económica sino que se amplió a las esferas de la cultura, la política y de las identidades.

Esta operación de descalificación del populismo, en los medios de comunicación, juega como instalación subliminal de una memoria en la escena del presente, memoria de lo confuso, de lo antidemocrático (Casullo, 2008:180). En esta construcción, el populismo sería heredero popular de una actitud contestataria a las repúblicas democráticas restringidas.

La crítica al populismo se asienta sobre tres juegos político-ideológicos de una temporalidad histórica vaciada: un tiempo enunciativo del puro presente; una década perdida en América Latina por abandonar los dictados estadounidenses, y un tiempo “sin nadie”, sin memoria ni experiencias de sujetos sociales. Para los críticos del populismo “todo ha desaparecido, menos una discursividad neoliberal con sus instituciones acordes” (Casullo, 2008:192).

El kirchnerismo hizo referencia a estas herencias también en instancias con memoria activa como ser la instalación de nuevas fechas patrias (feriados nacionales como el día de la soberanía nacional). En esta década argentina conmemoró los Bicentenarios de la Revolución de Mayo y la Asamblea del año XIII mediante los cuales el kirchnerismo recuperó los debates revisionistas surgidos en el primer peronismo, aquellos que se oponían a la visión mitrista de la historia nacional. Continuas y repetidas a citas Jauretche y

Scalabrini Ortiz serían ahora parte del discurso de dirigentes y militantes que las resucitan al calor de los conflictos coyunturales.

Por supuesto las figuras de Perón y Evita fueron puestas en el centro de la memoria colectiva y tanto el 17 de octubre así como las fechas de muerte y nacimiento de estos dos referentes volvieron a tomar dimensiones de importancia con actos masivos y repercusiones de los medios de comunicación que incitaron el debate. Esto resulta notable en tanto en los años menemistas eran hechos apenas recordados por el sindicalismo.

En conclusión, para estos intelectuales el kirchnerismo rompió esa inercia del fin de la historia, “*hizo añicos la certeza de lo eternizado por el neoliberalismo*” (Forster, 2012:161), recuperó el espacio público y puso en discusión nuevamente el rol del Estado. Esa inflexión inesperada de una Argentina que parecía condenada a la repetición reabrió la batalla por la hegemonía cultural para recuperar la política como instrumento de cambio, y la memoria como aquello que nos recuerda que lo “que no se resuelve ni se repara en términos de justicia persiste como una mancha indeleble” (Forster, 2010:287).

A modo de conclusión

Nuestro objetivo fue explorar la identidad política kirchnerista a partir de las dimensiones de alteridad, representación y una perspectiva de la tradición.

Como observamos, la conformación de una frontera antagónica -característica de todo populismo- que enfatizó el kirchnerismo con respecto a lo que calificó como “corporaciones” que veían sus intereses afectados por las políticas de redistribución y democratización, fue una impronta que lo diferenció de la década anterior, en la cual el menemismo había tomado parte como Partido del Orden que abandonó la política de reforma social para asumir las reivindicaciones del mercado.

Este es uno de los principios de la dualidad que se forja en los movimientos populistas yrigoyenista y peronista, y se intensifica en el alfonsinismo y menemismo: el intento de refundación, de una abrupta y radical ruptura con el pasado. El intento de fundar una nueva argentina se encuentra en las aspiraciones del kirchnerismo, que plantea un discurso totalmente opuesto al vaciamiento político de los años 90, y se ubica como el proyecto político que hizo resurgir a la política como instrumento de cambio.

Con respecto a la dimensión del *hegemonismo* por la cual, en contradicción con el principio de refundación, se intenta representar una universalidad imposible, el kirchnerismo (como los movimientos populistas antes mencionados) vio prontamente sus límites.

Y esto es así porque en principio, como veíamos, el neoliberalismo dejó huellas más allá de las políticas económicas imperantes durante una gestión en particular, y perdura en una cultura donde prevalece la imagen de la posibilidad de una sociedad totalmente reconciliada, imagen en la cual muchas veces es la injerencia del Estado la que no lo permite. Y aún cuando las políticas sociales se dirigen hacia la población más vulnerable, muchas veces lo hace no sólo con lenguajes y términos propios de los organismos financieros, sino que además mantienen la visión del empresario de sí mismo.

En segundo lugar, el kirchnerismo encontró límites allí donde lo encontraron todos los populismos argentinos: en la construcción de una identidad popular con base en el pluralismo. Se trata de lo que Aboy Carlés llama “la gran promesa” del alfonsinismo (2001:221) por la cual se propuso desarraigar las tradiciones autoritarias para permitir la emergencia de sujetos democráticos. Sin dudas, y aunque la tendencia hegemónica de pretensión de representar a la sociedad de forma global se encuentre debilitada desde la recuperación de la institucionalidad democrática en 1983, las apuestas a crear fronteras antagónicas en la cual la dimensión representativa se encuentre marginada conlleva límites para esa democracia que puede resultar *radical* pero tal vez no *plural*.

BIBLIOGRAFÍA:

ABOY CARLÉS, Gerardo (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina*. Rosario, Homo Sapiens.

_____ (2001a). *El ágora turbia: reflexiones sobre el populismo y ciudadanía en la Argentina*. En Cheresky Isidoro comp. y Pousadela Inés comp.. *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*. Buenos Aires, Paidós

_____ (2010). *Populismo, regeneracionismo y democracia*. Revista Postdata. ISSN 1851-9601 Postdata v.15 n.1 Ciudad Autónoma de Buenos Aires ene./jun. 2010. Versión On-line en: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_serial&pid=1851-9601&lng=es&nrm=iso

BOURDIEU, Pierre (1999). *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*. España: Anagrama.

CASULLO, Nicolás (2008). *Las cuestiones*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

CRITCHLEY, Simon, y MARCHART, Oliver (2008). *Laclau, aproximaciones críticas a su obra*. Buenos Aires: FCE.

FORSTER, Ricardo (2010). *La anomalía Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.

_____ (2012). *El litigio por la democracia*. Buenos Aires, Planeta.

FOUCAULT, Michel (2007). *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: FCE.

GAGO, Verónica (2014). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires, Tinta limón.

GASCHÉ, Rodolphe. (2008). *¿Qué tan vacío puede estar el vacío? Acerca del lugar de lo universal*. En Critchley y Marchart, *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*. Buenos Aires: FCE.

LACLAU, Ernesto (2000). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.

LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal. (2010) *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

NORVAL, Aletta (2008). *Las decisiones democráticas y la cuestión de la universalidad. Repensar los enfoques recientes*. En Critchley y Marchart, *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*. Buenos Aires: FCE.

La producción de sentido en el marco del programa neoliberal de fines del siglo XX

Fernando Javier Ré

fernandore@outlook.com

Universidad Nacional de Entre Ríos / Universidad Nacional de Rosario

Trabajo preparado para su presentación en el
VIII Congreso Latinoamericano de Ciencia Política
organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP).
Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 22 al 24 de julio de 2015

Resumen

Tras más de tres décadas de la puesta en marcha de los primeros experimentos neoliberales en Europa y América, el neoliberalismo todavía requiere ser interpelado en clave de forma de vida de las sociedades occidentales y, más allá de ellas, de las que pretenden avanzar por el camino de la modernidad. Esta forma de vida nos introduce en una mecánica de competencia generalizada y ordena las relaciones sociales según el modelo concurrencial, empujando al individuo a concebirse a sí mismo como una empresa y en el modelo del hombre económico. El neoliberalismo se instala un sentido común crítico frente a un estado al que caracteriza como oneroso, parasitario e ineficiente. Sin embargo, la operación discursiva que pretende hacer desaparecer al Estado de la escena va acompañada de un movimiento, en general sutil y solapado, por el cual lo que se busca en el fondo es la transformación estatal según la lógica de la gran empresa, cuyos objetivos se orientan hacia la expansión, el sostenimiento y, en cierta medida, la regulación de los mercados. Sea el neoliberalismo, en el marco del fracaso del Estado Providencia, el proyecto utópico de un esquema de reorganización de los pilares del capitalismo o la sedimentación de las aspiraciones políticas de las elites económicas para habilitar la acumulación irrestricta de capital, los efectos de su consolidación en el espectro político traen derivaciones epifenoménicas que ponen a disposición un universo con potencialidades simbólicas que debe ser recuperado para el conjunto del análisis.

La producción de sentido en el marco del programa neoliberal de fines del siglo XX

Tras más de tres décadas de la puesta en marcha de los primeros experimentos neoliberales en Europa y América, el neoliberalismo todavía requiere ser interpelado porque, como señalan, Pierre Dardot y Christian Laval, es mucho más que una simple revisión de la doctrina de la mano invisible del mercado de Adam Smith: es una forma de vida de las sociedades occidentales y, más allá de ellas, de las que pretenden avanzar por el camino de la modernidad. Esta forma de vida nos introduce en una mecánica de competencia generalizada y ordena las relaciones sociales según el modelo concurrencial, empujando al individuo a concebirse a sí mismo como una empresa (2009: 9).

En la segunda mitad del siglo XX los despliegues teóricos y la variedad de dimensiones que fueron ámbitos de intervención las reflexiones neoliberales, tornaron notoriamente difuso el panorama de los contenidos de su pensamiento.

Las luchas en el interior del núcleo productivo neoliberal, en particular en los Estados Unidos, resucitaron el interés de algunos filósofos y teóricos políticos por definir una gnoseología neoliberal, que incluya la mayor cantidad de tópicos trascendentes para el pensamiento político contemporáneo.

Pero el neoliberalismo es definido desde sus propias filas como una teoría de prácticas político económicas, y en ésta línea el papel del Estado está en relación con preservar el marco jurídico e institucional para que aquellas prácticas se desarrollen, y además promover el desarrollo de los ámbitos donde el mercado aún no haya alcanzado una función de regulación. El Estado no debe ir más allá de ese horizonte.

Esas formulaciones no impiden pensar a la pregunta sobre la función del Estado en el neoliberalismo en una clave de complejización que emerge al tamizar la cuestión en paradigmas que no provienen de la tradición política propiamente dicha, o al interpelar al fundamento neoliberal en virtud de la propia negación de los mecanismo que definen al Estado.

La definición del Estado en la teoría neoliberal adquiere características discretas funcionales a las aproximaciones teóricas, aunque la práctica de la neoliberalización vuelve ineludible enfrentar al menos al mínimo la reconsideración de índices para ordenar simbólicamente el dúctil concepto y evitar la proyección del Estado neoliberal como forma política inestable o contradictoria.

El monopolio del ejercicio de la violencia por parte de Estado se fundamenta en su carácter instrumental, ya que el Estado debe, en la formulación neoliberal, favorecer los derechos de propiedad, el imperio de la ley y las instituciones que organizan el mercado, como mecanismos de garantía del ejercicio de las libertades individuales.

La competencia tiene también una centralidad argumental y se considera una virtud esencial. Desplegada entre individuos o territorios, la competencia es el fundamento de reorganizaciones y contratos que permitan mejorar la posición de los actores en relación a sus competidores inmediatos, independientemente de la magnitud de los elementos en juego. Las reglas de juegos claras y que arbitren los medios de intercambio deben ser dispuestas por el Estado, o en su ausencia reclamadas por los actores involucrados y respondidas por la asociación estatal.

Mientras la libertad personal en el mercado se encuentra garantizada, cada individuo es responsable y debe responder por sus acciones y de su bienestar. Es en los planteos de Michel Foucault, y en particular a partir de las nociones de *Biopolítica* y *Gubernamentalidad*, donde podemos encontrar una mirada del Estado neoliberal, desde las claves de la racionalidad estatal, y en particular de la denominada fobia al Estado.

“La cuestión no pasa por deducir todo ese conjunto de prácticas de lo que pueda ser la esencia del Estado en sí misma y por sí misma. Ante todo, hay que evitarse un análisis semejante por la sencilla razón de que la historia no es una ciencia deductiva, y en segundo lugar, por otra razón más importante, sin duda, y más grave: el Estado no tiene esencia. El Estado no es un universal, no es en sí mismo una fuente autónoma de poder. El Estado no es otra cosa que el efecto, el perfil, el recorte móvil de una perpetua estatización o de perpetuas estatizaciones, de transacciones incesantes que modifican, desplazan, trastornan, hacen deslizar de manera insidiosa, poco importa, las fuentes de financiamiento, las modalidades de inversión, los centros de decisión, las formas y los tipos de control, las relaciones entre poderes locales, autoridad central, etc. En síntesis, el Estado no tiene entrañas, es bien sabido, no simplemente en cuanto carece de sentimientos, buenos o malos, sino que no las tiene en el sentido de que no tiene interior. El Estado no es nada más que el efecto móvil de un régimen de gubernamentalidades múltiples.”ⁱ

Aquí el fundamento, el rol y la lógica del Estado toman otra dimensión. La apuesta foucaultea permite repensar la cuestión del neoliberalismo acontecido hasta la década del 70' del siglo XX, y además cribar las descendencias que ocurren en el interior del pensamiento neoliberal del último cuarto del siglo XX, no sólo en una nueva dimensión metodológica, si no en una clave de articulación entre gobierno, sujeto y derecho.

¿Cuáles son entonces los índices que nos permiten pensar la racionalidad estatal, las formas de sujeción, la promoción de derechos, o en términos más generales, la utilidad del Estado?

Inicialmente se resituía la mirada hacia el problema del Estado en clave de prácticas de gubernamentalidad.

Así deviene necesario el análisis del neoliberalismo en la clave de formas de ajuste del ejercicio global del poder político a los principios de una economía de mercado, proyectando en un arte de gobierno los principios de una economía de mercado. Se visibiliza entonces el problema del estilo gubernamental.

La reconfiguración de los usos de mecanismos competitivos que ofician de reguladores y esa línea el ordenamiento de modificaciones en el sistema de la ley y de la institución jurídica, entendida la programación estratégica de la actividad de los individuos desde la economía como cifrado.

Entre las formas más extremas que desarrolla el pensamiento neoliberal del último cuarto del siglo XX, los aportes de los filósofos identificados como libertarians, han otorgado un aire renovador a la tradición, no porque generen una mutación de los principios neoliberales de mediados del siglo XX, sino por, además de resaltar lo original de sus formas argumentativas, los campos disciplinares sobre los que su producción versa.

Según David Boaz, uno de los filósofos libertarios más difundidos

“Libertarianism is the view that each person has the right to live his life in any way he chooses so long as he respects the equal rights of others. Libertarians defend each person's right to life, liberty, and property-rights that people have naturally, before governments are

created. In the libertarian view, all human relationships should be voluntary; the only actions that should be forbidden by law are those that involve the initiation of force against those who have not themselves used force-actions like murder, rape, robbery, kidnapping, and fraud”

En esta primera aproximación la defensa de los derechos a la vida, la libertad y la propiedad que las personas tienen “naturalmente, antes de la creación de los gobiernos”, es por lo menos llamativa, ya que las formas en la cual esos derechos pueden ser reconocidos, protegidos o defendidos, quedan sin anclaje alguno.

Charles Murray en *According to What It Means to Be a Libertarian*, en un planteo más general sostiene:

“The American Founders created a society based on the belief that human happiness is intimately connected with personal freedom and responsibility. The twin pillars of the system they created were limits on the power of the central government and protection of individual rights. (. .) .A few people, of whom I am one, think that the Founders' insights are as true today as they were two centuries ago. We believe that human happiness requires freedom and that freedom requires limited government.

The correct word for my view of the world is liberal. "Liberal" is the simplest anglicization of the Latin liber, and freedom is what classical liberalism is all about. The writers of the nineteenth century who expounded on this view were called liberals. In Continental Europe they still are. . . . But words mean what people think they mean, and in the United States the unmodified term liberal now refers to the politics of an expansive government and the welfare state. The contemporary alternative is libertarian. . . .

Libertarianism is a vision of how people should be able to live their lives-as individuals, striving to realize the best they have within them; together, cooperating for the common good without compulsion. It is a vision of how people may endow their lives with meaning-living according to their deepest beliefs and taking responsibility for the consequences of their actions.”

En esta consideración, las bases del liberalismo más clásico, de los Padres Fundadores, es reactualizado en un principio moral respecto de lo que el liberalismo, y el pensamiento libertario, deben ofrecer como claves para formalizar una idea de vida significativa, buena y responsable.

Uno de los tópicos que encabezan la situación problemática está en relación al problema del Estado. Pero cuando se trata del Neoliberalismo, el recorte de la pregunta acerca del Estado se torna complejo en varios sentidos. Inicialmente en el sentido del contenido, función y definición del Estado, pero a su vez, interpelar al Estado en virtud de su propia negación. La posición de Harvey en tal sentido despliega un nivel de simplificación que podemos considerar útil para la apertura a la reflexión:

“El papel del Estado en la teoría neoliberal es bastante fácil de definir. Sin embargo, la práctica de la neoliberalización ha evolucionado de tal modo que se ha alejado de manera

significativa de la plantilla prescrita por esta teoría. Por otro lado, la evolución hasta cierto punto caótica y el desarrollo geográfico desigual de las instituciones, los poderes y las funciones estatales experimentado durante los últimos treinta años sugiere que el Estado neoliberal pueda ser una forma política inestable y contradictoria.

(...) De acuerdo con la teoría, el Estado neoliberal debería favorecer unos fuertes derechos de propiedad privada individual, el imperio de la ley, y las instituciones del libre mercado y del libre comercio. Estos son los puntos de acuerdo considerados esenciales para garantizar las libertades individuales. El marco legal viene definido por obligaciones contractuales libremente negociadas entre sujetos jurídicos en el mercado. La inviolabilidad de los contratos y el derecho individual a la libertad de acción, de expresión y de elección deben ser protegidos. El Estado, pues, utiliza su monopolio de los medios de ejercicio de la violencia, para preservar estas libertades por encima de todo. Por ende, la libertad de los empresarios y de las corporaciones (contempladas por el sistema jurídico como personas) para operar dentro de este marco institucional de mercados libres y de libre comercio, es considerada un bien fundamental. La empresa privada y la iniciativa empresarial son tratadas como las llaves de la innovación y de la creación de riqueza. Los derechos de propiedad intelectual son protegidos (por ejemplo, a través de las patentes) de tal modo que sirvan para estimular cambios tecnológicos. Los incrementos incesantes de la productividad deberían, pues, conferir niveles de vida más elevados para todo el mundo. Bajo la premisa de que «una ola fuerte eleva a todos los barcos», o la del «goteo o chorreo», la teoría neoliberal sostiene que el mejor modo de asegurar la eliminación de la pobreza (tanto a escala doméstica como mundial) es a través de los mercados libres y del libre comercio.

(...) La competencia -entre los individuos, las empresas, y entre entidades territoriales (ciudades, regiones, naciones y agrupamientos regionales)- es considerada una virtud esencial. Por supuesto, las directrices de la competencia en el mercado deben ser correctamente observadas. En aquellas situaciones en que estas directrices no se hallen establecidas claramente o en que los derechos de propiedad privada sean difíciles de definir, el Estado debe utilizar su poder para imponer o inventar sistemas de mercado (tales como comerciar con los derechos de contaminación). Los defensores del neoliberalismo afirman que la privatización y la desregulación, junto a la competencia, eliminan los trámites burocráticos, incrementan la eficiencia y la productividad, mejoran la calidad de las mercancías y reducen los costes, tanto de manera directa para el consumidor a través de la oferta de bienes y servicios más baratos, como indirectamente mediante la reducción de las cargas fiscales. El Estado neoliberal debería buscar de manera persistente reorganizaciones internas y nuevos pactos institucionales que mejoren su posición competitiva como entidad en relación con otros Estados en el mercado global.

Mientras la libertad personal e individual en el mercado se encuentra garantizada, cada individuo es responsable y debe responder por sus acciones y de su bienestar. Este principio se extiende a la esfera del sistema de protección social, del sistema educativo, de la atención sanitaria e incluso de las pensiones (...) El éxito o el fracaso personal son interpretados en términos de virtudes empresariales o de fallos personales (como puede ser no invertir de manera suficiente en el propio capital humano a través de la educación) en lugar de ser atribuidos a ningún tipo de cualidad sistémica (como las exclusiones de clase normalmente atribuidas al capitalismo).

La libre movilidad del capital entre sectores, regiones y países se considera un factor crucial. Todas las barreras a esta libertad de movimiento (como aranceles, ajustes fiscales punitivos, la planificación y los controles medioambientales, así como otros impedimentos localizados) han de ser eliminadas, salvo en aquellas áreas que son cruciales para los «intereses nacionales», con independencia de cómo se definan éstos. La soberanía estatal sobre la circulación de mercancías y de capitales es entregada en una actitud servicial al mercado global. La competencia internacional se percibe como algo positivo en tanto que mejora la eficiencia y la productividad, reduce los precios y, por consiguiente, controla las tendencias inflacionarias. Por lo tanto, los Estados deberían buscar de manera colectiva, y negociar entre ellos, la reducción de las barreras a la circulación del capital entre las fronteras y la apertura de los mercados (tanto para las mercancías como para capital) al intercambio global. No obstante, la cuestión de si esto también se aplica a la fuerza de trabajo, en tanto que mercancía, resulta polémica. En tanto que todos los Estados deben colaborar para reducir las barreras al intercambio, deben surgir estructuras de coordinación como el grupo de los países del capitalismo avanzado. (...) Los teóricos del neoliberalismo albergan, sin embargo, profundas sospechas hacia la democracia. El gobierno de la mayoría se ve como una amenaza potencial a los derechos individuales y a las libertades constitucionales. La democracia se considera un lujo, que únicamente es posible bajo condiciones de relativa prosperidad en las que también concurre una fuerte presencia de la clase media para garantizar la estabilidad política. Los neoliberales tienden, por lo tanto, a favorecer formas de gobierno dirigidas por elites y por expertos. Existe una fuerte preferencia por el ejercicio del gobierno mediante decretos dictados por el poder ejecutivo y mediante decisiones judiciales en lugar de mediante la toma de decisiones de manera democrática y en sede parlamentaria. (...) Los individuos deben buscar las soluciones y los remedios de todos los problemas a través del sistema legal.

Existen algunas áreas oscuras así como también puntos de conflicto en el seno de la teoría general del Estado neoliberal. En primer lugar, está el problema de cómo interpretar el poder monopolista.

(...) El segundo gran ámbito de controversia es el relativo a los fallos del mercado. Éstos se producen cuando los individuos y las compañías eluden asumir la totalidad de los costes imputables a su actividad, eludiendo sus responsabilidades al no permitir que el mercado valore su incidencia mediante el sistema de precios resultante (estas responsabilidades son, en lenguaje técnico, “externalizadas”). (...) Aunque los defensores del neoliberalismo admiten la existencia del problema y algunos aceptan la necesidad de una limitada intervención estatal, otros defienden la inacción porque el remedio será casi con toda seguridad peor que la enfermedad. Sin embargo, la mayoría estaría de acuerdo en que, de haber intervenciones, éstas deben operar a través de los mecanismos del mercado (mediante cargas o incentivos fiscales, la comercialización de los derechos de contaminación, y otras medidas similares). Los fallos de la competencia son tratados de una forma similar. A medida que proliferan las relaciones contractuales y la subcontratación puede incurrirse en un incremento de los costes de transacción. El gran aparato de la especulación de divisas, por tomar sólo un ejemplo, se presenta como algo cada vez más costoso a la vez que se vuelve progresivamente más fundamental para capturar beneficios especulativos. Igualmente, emergen otros problemas si, por ejemplo, todos los hospitales en mutua competencia de una misma región compran el mismo sofisticado equipo que permanece

infrautilizado provocando, de este modo, un aumento de los costes agregados. En este sentido, la defensa de la contención del gasto mediante la planificación, la regulación y la coordinación vinculante por parte del Estado es contundente, pero de nuevo los neoliberales se muestran profundamente desconfiados hacia este tipo de intervenciones.

(...) Finalmente, hay algunos problemas políticos fundamentales dentro del neoliberalismo que necesitan ser abordados. Una contradicción es la que emerge entre un atractivo individualismo posesivo pero alienador, por un lado, y el deseo de una vida colectiva significativa, por otro. Si bien se supone que los individuos son libres para elegir, se da por sentado que no van a optar porque se desarrollen fuertes instituciones colectivas (como los sindicatos) aunque sí débiles asociaciones voluntarias (como las organizaciones benéficas). Por supuesto, no deberían escoger asociarse para crear partidos políticos con el objetivo de obligar al Estado a intervenir en el mercado, o eliminarlo. Para protegerse frente a sus grandes miedos -el fascismo, el comunismo, el socialismo, el populismo autoritario e incluso el gobierno de la mayoría-, los neoliberales tienen que poner fuertes límites al gobierno democrático y apoyarse, en cambio, en instituciones no democráticas ni políticamente responsables para tomar decisiones determinantes. Esto crea la paradoja de una intensa intervención y gobierno por parte de elites y de “expertos” en un mundo en el que se supone que el Estado no es intervencionista.” (HARVEY)

En las consideraciones precedentes, podemos relevar como datos trascendentes para presentar un cuadro de situación, algunos indicadores. Inicialmente la presentación del Estado neoliberal como una forma política caótica e inestable, denota la idea de un fallido en la constitución de un Estado que requiere una funcionabilidad constante independiente de los avatares con los que se enfrenta, perdiendo la perspectiva que lo caótico de las formas jurídicas que pueden definir al Estado tienen pertinencia en virtud de los acontecimientos que se buscan regular. Inevitablemente la concepción de un Estado inestable acompaña al discurso neoliberal en virtud de la lógica cíclica propias de los vaivenes que deben ser considerados para orientar las acciones reguladoras.

El neoliberalismo instala un sentido común crítico frente a un estado al que caracteriza como oneroso, parasitario e ineficiente. Sin embargo, la operación discursiva que pretende hacer desaparecer al Estado de la escena va acompañada de un movimiento, en general sutil y solapado, por el cual lo que se busca en el fondo es la transformación estatal según la lógica de la gran empresa, cuyos objetivos se orientan hacia la expansión, el sostenimiento y, en cierta medida, la regulación de los mercados. No es sólo que el estado no ha desaparecido, no es sólo que se ha puesto más que nunca al servicio de las empresas, sino que él mismo ha mutado en un gobierno de tipo empresarial (Dardot y Laval, 2009)

Podría decirse que el principal problema del neoliberalismo no es el Estado, sino el gobierno: la apuesta clave que se juega en el neoliberalismo es cómo gobernar de la mejor manera, con mayor eficacia, las fuerzas que resisten encuadrarse en el mecanismo concurrencial del mercado con el menor estado. Y en este sentido, podría plantearse que el ámbito en el que el neoliberalismo ha sido más exitoso es el de la configuración de un sentido común que interpreta los fracasos de las políticas del Estado como incapacidad constitutiva, y le opone los logros de las autorregulaciones de la sociedad de mercado. Pero cuáles son las tradiciones de pensamiento que confluyen en el neoliberalismo y cómo

cristalizan en la emergencia de este sentido común, son cuestiones que deben ser analizadas y que tomaremos en las páginas que siguen.

Contexto de emergencia

El análisis de la relación entre Estado, gobierno y derechos y su rol en la constitución del campo de la política moderna se vuelve complejo cuando la clave de acceso reposa en el cruce con el vasto terreno del neoliberalismo. Las dimensiones que vuelven complicado al pensamiento neoliberal en cuanto objeto de indagación, se presentan a partir de su indefinición, no sólo en el registro de atribución de sentido a la constelación de significados, sino también en la ausencia de criterios metodológicos unívocos que faciliten el análisis y brinden parámetros claros en relación a la génesis, contenido y acción de ese modelo. Indudablemente, el problema del neoliberalismo puede ser relevado desde una variedad de disciplinas ligadas al campo de la economía, de las ciencias sociales en general y desde la teoría política en particular. Pero de lo que se trata es de visibilizar los índices en los cuales el neoliberalismo se reconoce y proyecta identidad, difusa, inconclusa y moderada, para desarrollar no sólo sus aspectos sobresaliente, sino los intersticios donde emerge la fuerza de la corriente.

El contexto de aparición del pensamiento neoliberal está demarcado por la emergencia de numerosos Estados alineados en la socialdemocracia o democracias cristianas, después de la Segunda Guerra Mundial, que desplegaron un esquema fuertemente burocrático para proyectar eficacia administrativa hacia el futuro o para recomponer las economías devastadas, tomando como funciones primordiales del nuevo modelo de Estado no sólo promover el crecimiento económico, sino la provisión de medidas para garantizar el bienestar ciudadano a partir de la generación de empleo. Si bien estas regulaciones no eliminaban la lógica de mercado, diseñaban sistemas de protección y mecanismos que permitían sujetar e incluso dirigir la ‘mano invisible’. Las consecuencias de estas funciones arbitrales de la vida económica y política fueron el crecimiento sostenido en los países capitalistas de avanzada, la expansión los mercados de exportación de algunas naciones que se recuperaron y fortalecieron luego de la guerra, y la consolidación de las potencias mundiales como adalides de la agenda sociopolítica planetaria, en las décadas del 50 y 60. Incluso el avance del intervencionismo trajo derivas en la promoción de una economía social con valores morales que estaban adormecidos por la tragedia de un extenso conflicto bélico, y la cristalización de un modelo de Estado que condensa rudimentos de un nuevo tipo de sensibilidad política, internalizando las relaciones de clase y las instituciones sociales para el beneficio público, y penetrando también en la vida doméstica.

En términos de referencias autorales, es propicio referirse a este tipo de organización político-económica como «liberalismo embrizado» según lo propone David Harvey (2007: 17). Mediante este concepto, Harvey señala el modo en que los procesos del mercado y las actividades empresariales y corporativas, se encontraban ajustadas a una red de *constreñimientos* sociales y políticos por un entorno regulador que estrechaba las estrategias económicas. Y es en esta línea que se inscribe al proyecto neoliberal en el horizonte del desbridación del capital respecto de estos constreñimientos.

Sobre finales de la década de 1960 el Estado Providencial o liberalismo embridado muestra inequívocos signos de su caída en términos macroeconómicos pero también en la cotidianeidad de la economía doméstica. La progresión en las tasas de desempleo, la inflación, la merma en los ingresos tributarios y el descontrol del gasto social, daban los índices de crisis fiscales en los Estados que visibilizaban el fracaso de las políticas keynesianas. El abandono del oro como base metálica del dólar, devenido ahora en divisa internacional y la fluctuación del tipo de cambio coloreaba el boceto del fin de ciclo dorado del capitalismo en los países centrales. La crisis requería un minucioso análisis que permitiera encontrar los recursos de superación. En el análisis de un lúcido historiador del neoliberalismo como Harvey, el abanico de respuestas decantaba en dos polos antagónicos, cristalizados sobre mediados de la década del '70. En un extremo se ubicaba la intensificación de los mecanismos de control y regulación estatal mediante estrategias corporativistas, aun con la frustración de las aspiraciones de los movimientos de trabajadores, a través de medidas de austeridad y control de precios y salarios. Esta fue la respuesta dominante allí donde el peso de los partidos socialistas y comunistas de Europa era más marcado, y en los círculos políticos donde la tradición socialdemócrata había consolidado los fundamentos del Estado de Bienestar, aunque estas estrategias parecían incompatibles con las exigencias de la acumulación de capital. En el otro extremo se agitaban los intereses del poder financiero y las grandes corporaciones que demandaban el restablecimiento de las leyes de mercado y en esa reivindicación actualizaban los principios de un tipo de liberalismo renovado en sus formas. Este último sector, para mediados de los '70, cobró mayor influencia.

Frente a las posibilidades explicativas acerca de las condiciones de restauración de cierta economía de mercado, hay dos opciones difundidas que arrojan luz acerca del recorrido del pensamiento neoliberal del siglo XX, y anudan intereses particulares a sus fundamentos. Por una parte, la consideración de la crisis de acumulación de capital de la década de 1970 como el umbral de un potencial reacomodamiento de las fuerzas de izquierda: de aquí se deducía, entre las consecuencias más robustas de la crisis, y a partir de la insatisfacción generalizada suscitada por ella, que se podía generar una fuerte cohesión al interior de los movimientos obreros y sociales, creándose así las bases de una alternativa socialista. La movilización de las clases subalternas, leída en términos de pretensión estratégica en la reconfiguración de las relaciones de poder, planteaba una clara amenaza política a las elites económicas y a las clases dominantes, en las naciones de capitalismo avanzado o de desarrollo periférico (Harvey, 2007: 20).

Por otro lado, y a partir de la aplicación del proyecto neoliberal y sus consecuencias aciagas en materia de redistribución y desigualdad, puede considerarse en retrospectiva que la neoliberalización fue desde su génesis, un proyecto para lograr el reposicionamiento de las clases poderosas en una geografía de reconfiguración del poder (Duménil – Levy, 2004). En estos términos, los embates del neoliberalismo son considerados como *proyecto utópico* de un esquema de reorganización de los pilares del capitalismo, o como sedimentación de las aspiraciones políticas de las elites económicas que apuntan a habilitar formas de acumulación irrestricta de capital. Cuando Harvey asegura que el utopismo teórico del neoliberalismo vino funcionando como sistema de justificación y legitimación para alcanzar el objetivo de la acumulación constante de beneficios económicos, se auxilia en la evidencia que cuando los principios neoliberales se contradicen con el sostenimiento del

poder de la elite, aquellos son abandonados o tergiversados al punto de volverse irreconocibles. El autor cree entonces en la existencia de una tensión creativa entre el poder de las ideas neoliberales y las prácticas reales de la neoliberalización que han reconfigurado el modus operandi del capitalismo global (Harvey, 2007: 25).

Tal vez esa tensión creativa de la que habla Harvey se articula con la ambigüedad de algunos contenidos del neoliberalismo que se remonta a los antepasados clásicos de esta corriente. En función de la extensión de las categorías teóricas que configuran el pensamiento liberal, emerge el conflicto al demarcar con criterio certero cuáles son los principios filosóficos y políticos que pueden proyectar apropiadamente la identidad liberal.

En la segunda mitad del siglo XX, y en particular en el último cuarto, los despliegues teóricos y la variedad disciplinar que fueron ámbitos de intervención de las reflexiones neoliberales, tornaron notoriamente difuso el panorama de los contenidos de su pensamiento.

Es frecuente la desagregación en un pensamiento neoliberal de izquierdas, usualmente identificado con las tendencias denominadas anarcocapitalistas, habitualmente opuestas a las legislaciones sobre servicios militar, consumo de drogas, parejas sexuales; y un pensamiento neoliberal más conservador, en general ligados a la Escuela de Chicago y con un sesgo metodológico orientado hacia el más puro individualismo.

Para fijar algún criterio que permita identificar los principios generales del pensamiento neoliberal, se puede mencionar:

- la defensa de las libertades de mercado

- la limitación papel del Estado en políticas sociales

- la oposición a estrategias de redistribución impositiva que apunten a cualquier forma de implementación política de algunos contenidos de la teoría liberal de la igualdad, por considerarlas como una violación a los derechos individuales.

- la defensa de las libertades garantizadas por una economía de mercado como necesarias para preservar libertades civiles y políticas.

A través de este conjunto de premisas, el neoliberalismo confía en que el capitalismo minimiza riesgos políticos –la tiranía o el despotismo, por ejemplo- y promueve la maximización de utilidades (Kymlicka, 1995)

Aun pensando las contingencias históricas derivadas de la crisis de los '70 como condicionantes de la precipitación de los ideales neoliberales, su ascenso no queda limitado a la coyuntura que propicia la difusión de sus ideas económicas. El entramado del neoliberalismo y los cimientos sobre los que se erige hacen inteligible una estructura mucho más sofisticada, que se apoya en un clivaje económico, pero que exhibe una notable capacidad de refracción efectiva con consecuencias cristalizadas en los modos de

construcción de sentido. La génesis del pensamiento neoliberal implica enrolar su desarrollo y proyección en sus antecedentes ideológicos e intelectuales. No solamente leemos la crisis del liberalismo como síntoma de un reformismo social que marca el fin del modelo clásico del siglo XIX, y el neoliberalismo como una respuesta a ese síntoma, o, más adelante, como una tentativa por obstaculizar las políticas redistributivas y proteccionistas que fueron asumidas como una grieta en el régimen liberal que se encaminaba firmemente hacia el socialismo (Dardot – Laval, 2009: 157), sino como un verdadero sistema de ideas positivas que definen o determinan los parámetros del buen gobierno, del Estado y del bien común, así como también performan un ideal de agente jurídico, ciudadano o en términos generales, individuo.

Índices referenciales

Para visibilizar el potencial performativo es necesario ver las características singulares de la racionalidad neoliberal. El neoliberalismo como correctivo frente al agrietamiento del orden capitalista, permanecía latente y recóndito durante la expansión del Estado de Bienestar, pero no improductivo. Frecuentemente se considera la creación de la *Sociedad de Mont-Pelerin* en 1947, el hito fundacional del neoliberalismo, pero en realidad es el *Coloquio Walter Lippmann* de Agosto de 1938, en París, a partir de la publicación del libro *La Cité libre*, del mismo Lippmann, donde el pensamiento neoliberal tiene su génesis. Se destaca este encuentro por la calidad de sus miembros que luego marcarían la historia del pensamiento y de la política liberal de occidente, Friedrich Hayeck, Jaques Rueff, Raymond Aron, Ludwig Von Mises. El Coloquio concluye con la idea de formar un Centro Internacional de Estudios para la renovación del liberalismo, y es la primera tentativa de fundar una *Internacional* neoliberal, que luego se prolongará en otros organismos y tendrá fuerte eco en las instituciones académicas europeas. Aquí se definen entonces los índices específicos de la doctrina neoliberal.

Uno de los eventos que resalta Michel Foucault es la propuesta, surgida en el marco del Coloquio, de nombrar a este nuevo sistema teórico como “liberalismo positivo”, y por lo tanto un liberalismo interventor, donde se considera que la libertad de mercado necesita de una política activa y vigilante, noción recurrente en todos los textos neoliberales, que se distancian así del viejo liberalismo clásico y las contemporáneas formulaciones del anarcocapitalismo norteamericano. Este elemento define la *naturaleza* de las intervenciones como factor diferencial de la política planificadora, y como rasgo específico del neoliberalismo, pero además indica el contraste con el liberalismo clásico respecto de los ámbitos de intervención o no intervención: el problema del neoliberalismo pasa ahora por el *modo* de la intervención o por el *estilo gubernamental*. El gobierno neoliberal tiene como horizonte la corrección de los efectos destructivos del mercado sobre la sociedad y no constituir un contrapunto entre ellos; debe officiar como regulador del mercado general sobre la sociedad, interviniendo sobre ella para que los mecanismos competitivos puedan actuar como marco ordenador.

Por otro lado, como dice Harvey, el Estado debe propiciar el surgimiento del mercado allí donde este no exista o fortalecerlo donde sea débil. La creación o el fortalecimiento del

mercado van acompañado de políticas que tienden a favorecer fuertes derechos de propiedad privada individual, el imperio de la ley e instituciones adecuadas al mecanismo concurrencial. La empresa privada y la iniciativa empresarial son visualizadas como las llaves de la innovación y de la creación de riqueza, la competencia como una virtud esencial, y el marco legal como el horizonte de intercambios contractuales libremente pautados por sujetos jurídicos en el mercado (Harvey, 2007)

Se trata de un gobierno que observa las leyes económicas, es un gobierno de la sociedad regulada según el principio no del intercambio, sino de los mecanismos de competencia; esto implica una sociedad sometida a la dinámica competitiva. (Foucault, 2007).

La afirmación foucaultea de los principios de las leyes económicas como marco referencial para el gobierno de la sociedad, también decanta en la esfera jurídica, considerada en el neoliberalismo no como simple expresión instrumental de la economía sino el ámbito donde se erigen los principios de la regulación social. La puesta en relieve del problema del derecho configura uno de los aspectos singulares del neoliberalismo. Foucault hace funcionar una analogía clásica al considerar a la economía como un juego y a la institución jurídica que la enmarca como las reglas de ese juego.

En el modelo neoliberal alemán se reintroducen en el orden económico, los principios del Estado de derecho, en contraposición al Estado de policía, para asentar una economía de mercado competitiva, objetivada en un intervencionismo social y que implica una renovación institucional en torno de la unidad “empresa” como agente económico fundamental. Estos dos índices determinan la emergencia del nuevo arte de gobernar. En esta lógica un tipo de legislación *formal* permitirá neutralizar incluso las tendencias centralizadoras que son inmanentes a la sociedad capitalista, dando por resultado un tipo de funcionamiento jurídico que por su carácter meramente formal en la regulación de las intervenciones del poder público, tendrá como consecuencia positiva el despliegue de una economía cuyo proceso se ajustará puramente a la competencia, contribuyendo a la proliferación de la ‘forma empresa’ en todo el tejido social.

Los defensores del neoliberalismo sostienen que, a través de la privatización y la desregulación y la competencia, se pueden eliminar las costosas mediaciones burocráticas, incrementándose la eficiencia y la productividad. Así, es posible beneficiar a los consumidores, tanto por la reducción de los costos de los bienes y servicios ofrecidos en el mercado, como por la reducción de las cargas fiscales que se opera en una economía en la que el Estado no interviene.

“Bajo la premisa de que «una ola fuerte eleva a todos los barcos», o la del «goteo o chorreo», la teoría neoliberal sostiene que el mejor modo de asegurar la eliminación de la pobreza (tanto a escala doméstica como mundial) es a través de los mercados libres y del libre comercio” (Harvey, 2007:)

Gubernamentalidad y estado en el neoliberalismo

“El Estado no es nada más que el efecto móvil de un régimen de gubernamentalidades múltiples”, dice Foucault en *Nacimiento de la biopolítica* (2007: 96). Y, efectivamente, podría plantearse que el neoliberalismo sitúa en esa línea la preocupación por el Estado: éste no es más que una manera de gobernar y de lo que se trata es de explorar la manera más eficaz de gobernar, en el núcleo del acoplamiento entre libertades individuales y regulaciones formales de matriz estatal. De hecho, ni la vertiente llamada anarco-capitalista ni el neoliberalismo de la Escuela de Chicago han eliminado al Estado de sus construcciones conceptuales, sino que han tratado de justificar el recorte de sus atribuciones. Para Robert Nozick, por ejemplo, la supresión del Estado no funciona más que como ideal aspiracional, como utopía que provee de un horizonte de sentido a los intentos por ponerle límites a la intervención estatal. Y en el neoliberalismo, ya hemos visto cómo, lejos de suprimirse al Estado, lo que se despliega es una puesta en escena jurídica y política de un orden mundial de mercado cuya lógica no implica la abolición sino la transformación de las instituciones públicas en todos los países (Dardot y Laval, 2009: 14).

El Estado neoliberal debería buscar de manera persistente reorganizaciones internas y nuevos pactos institucionales que mejoren su posición competitiva como entidad política en relación con otros Estados en el mercado global. En este contexto, muchos teóricos del neoliberalismo albergan profundas sospechas hacia la democracia, en la que encuentran una tensión irresoluble entre el gobierno de la mayoría y el conjunto de derechos individuales y libertades constitucionales del orden liberal-burgués. Sólo en un contexto de prosperidad y con el contrapeso de una clase media afianzada a través de ciertos beneficios del mercado – tales como el crecimiento en las posibilidades de consumo – es posible hacerle frente al ‘demos’ de la democracia, esto es, en la formulación aristotélica, el pueblo y, a la vez, los más pobres. Es por esto que las instituciones políticas, para los neoliberales, deben ser el terreno de acción de expertos.

El gobierno, en el sentido foucaulteano de las acciones tendientes a poner límites al campo de acciones posibles de hombres y mujeres, pasa por las regulaciones judiciales del sistema legal, y descansa en una concepción responsabilista de la participación individual en la dinámica de interacciones sociales. En tal sentido es importante, también, considerar la necesidad de una concepción de individuo que permita traccionar los resortes de un modelo político que pivotea entre las demandas individuales como eventuales fundamentos de ajustes jurídicos, y requisitos propios de validación de la vida social que el sistema demanda.

En esta línea, el éxito o el fracaso personal son interpretados en términos de virtudes empresariales o de fallos personales (como puede ser no invertir de manera suficiente en el propio capital humano a través de la educación) en lugar de ser atribuidos a ningún tipo de cualidad sistémica (como las exclusiones de clase normalmente atribuidas al capitalismo).

El Neoliberalismo en el poder

La implementación de los programas neoliberales se formaliza paulatinamente durante los años 70'. En Inglaterra, Estados Unidos, Alemania y para la década del 80' casi todos los

países de Europa Occidental, viraron hacia programas de corte neoliberal. El sostenido combate contra el imperio del mal -los totalitarismos de izquierda y derecha que expresan la servidumbre humana a los ojos de Hayek- inevitablemente fortaleció el poder de atracción del neoliberalismo político y consolidó el predominio de una nueva derecha en Europa y en América del Norte.

Perry Anderson describe, en un ilustrativo balance del neoliberalismo, que estas experiencias demostraron la impresionante hegemonía alcanzada por el neoliberalismo en materia ideológica. En un panorama de conjunto, para evaluar lo consumado por el programa neoliberal, sostiene que si entre las prioridades se encontraban el poner coto a los procesos inflacionarios, y a su vez la deflación debía ser la condición para la recuperación de las ganancias, el neoliberalismo obtuvo éxitos reales. En esos aspectos el programa neoliberal mostró su eficacia y podría decirse que fue exitoso. Pero en el balance general, si todas estas medidas habían sido concebidas como medios para alcanzar la reanimación del capitalismo a nivel planetario, restaurando altas tasas de crecimiento estables, como existían antes de la crisis de los años '70, el cuadro se fue decepcionante. Ese resultado paradójico se debe al hecho de que a pesar de todas las nuevas condiciones institucionales creadas en favor del capital, la tasa de acumulación apenas creció en los años '80, y cayó en relación a sus niveles medios de los años '70. En los 80' los mercados internacionales ejecutaron ilimitadamente transacciones monetarias que redujeron sustancialmente el intercambio de mercancías reales y propendieron a las operaciones de carácter parasitario que se incrementaron vertiginosamente.

En esta descripción general, Anderson resalta un elemento novedoso, argumentando que el fracaso neoliberal radicó en que el Estado de Bienestar no disminuyó copiosamente en proporciones absolutas, a pesar de las medidas restrictivas del gasto social, puesto que éste creció fundamentalmente en dos rubros: el incremento de las tasas de desempleo que obligó a mantener la seguridad social en éste ámbito, y el crecimiento demográfico de los jubilados. Y a partir del análisis de la aguda crisis de la década del 90' que afectó directamente tanto la economía doméstica como la industrial, situación en la que se podía esperar una reacción adversa contra el liberalismo, sostiene que el neoliberalismo ganó un segundo aliento en Europa, plasmado en los éxitos electorales en Inglaterra, Suecia, Francia y Alemania. Incluso la hegemonía neoliberal se expresa igualmente en el comportamiento de partidos y gobiernos que formalmente se definen como claros opositores a este tipo de regímenes. Anderson resalta el dinamismo continuado del neoliberalismo como fuerza ideológica a escala mundial, sustentado por el "efecto de demostración" del mundo post soviético. Los neoliberales pueden ufanarse de estar frente a una transformación socioeconómica gigantesca, que va a perdurar por décadas (Anderson, 2003).

Se trata de una transformación fundada en la estrategia neoliberal de convertir lo factual en la demostración de una legalidad económica: la pobreza de los pobres demuestra su incapacidad de adecuarse a la lógica concurrencial, el éxito de los ricos es el indicador del potencial distribuidor del mercado. A este discurso se le suma la intervención del Estado en la instrumentación de la docilidad de los consumidores y así se forja ese universo de significados que se ha convertido, según Pierre Bourdieu, (1999) en un sentido común neoliberal.

Vitalidad del neoliberalismo

El análisis del contexto de emergencia del pensamiento neoliberal que ofrece Harvey, la identificación de los rasgos específicos de un arte de gobierno neoliberal como propone Foucault, y el panorama político analizado por Anderson, ponen en perspectiva algunas de las cuestiones fundamentales que abren, más que conclusiones, dimensiones de análisis sin horizontes de clausura.

Hay en las prácticas neoliberales un centro dinámico que le permite funcionar con un orden de constancia que si bien no pulsa en una línea invariable, muestra siempre signos vitales. La capacidad de reconfiguración es tal vez una de las características fundamentales del neoliberalismo contemporáneo, que sin duda debe su vigor a los pilares sobre los cuales se ha configurado en sus albores y que el devenir histórico permitió precipitar y ostentar, promoviendo una eficacia tal vez muda pero sostenida que supera cualquier objetivo espectacular.

Sea el neoliberalismo, en el marco del fracaso del Estado Providencia, el proyecto utópico de un esquema de reorganización de los pilares del capitalismo o la sedimentación de las aspiraciones políticas de las elites económicas para habilitar la acumulación irrestricta de capital, los efectos de su consolidación en el espectro político traen derivaciones epifenoménicas que ponen a disposición un universo con potencialidades simbólicas que debe ser recuperado para el conjunto del análisis.

El éxito del programa neoliberal puede inscribirse en su función performativa, del mismo modo que pueden analizarse los logros de los mecanismos intervencionistas del Estado de Bienestar. Las respuestas a la crisis de la segunda posguerra en manos de los economistas sociales, no se agotaron en el marco de la resolución de los problemas inmediatos del individuo común, sino que condensaron una gama de valores, estrategias y discursos que permanecían *suspendidos* por el horror del conflicto bélico. Es así que no se apela solamente a la eficacia económica del programa keynesiano, sino que se reactivan además, sensibilidades propias de la sociabilidad presentes ya en los análisis de la “cuestión social”. La edad de oro del capitalismo y su proyecto de un Estado que irradia una moral particular, configuró frágil pero efectiva, una idea de éxito y fortuna que prevaleció y habilitó la instauración de su propia lógica. El *espíritu* del Estado de providencia fue eficaz al activar estribos donde montar la identidad colectiva y habilitar una movilidad social sólida más allá del nivel estrictamente económico, mientras funcionaba equilibradamente.

Es en ésta lógica que se funda el argumento del éxito del programa neoliberal. Inicialmente la matriz que se reconfigura, el liberalismo, contiene en sus entrañas un sistema de valores que desde hace siglos son reactivados positivamente y que constelan un universo simbólico enérgico. El programa neoliberal provee de una carga denotativa los índices que marcaron el triunfo del liberalismo aún más allá de sus formas tradicionales. La apuesta neoliberal apunta a un cambio de la naturaleza de la acción política, reposicionando, si es conveniente, la lógica y fundamento del Estado o de cualquier mecanismo que satisfaga la demanda instrumental, sintetiza la racionalidad liberal en un renovado arte gubernamental y atribuye al mercado una lógica de sistema libre de peligros colonizadores, incluso garantizada por componentes jurídicos.

El carácter dominante de las ideas neoliberales, precisó la modulación de categorías fundamentales arraigadas en el sentido común dotadas de una fuerza simbólica extraordinaria, que atraen casi *naturalmente* las intuiciones, instintos, valores y deseos, presentes en el espacio social. En los albores del neoliberalismo los absolutos de la libertad individual, autodeterminación, y los valores civilizatorios, fueron tomados como ideales puros, por su atractivo conceptual y su eficacia política, y fueron puestos a salvo de la serie de sometimientos que cristalizaron las *amenazas* del colectivismo o cualquier forma de intervencionismo estatista.

El neoliberalismo se recicla constantemente en un verdadero sistema discursivo con pretensiones hegemónicas cuyos efectos se proyectan omnipresentes en las maneras de pensar y en las prácticas político-económicas, hasta el punto de ahora formar parte de los esquemas de representación de primer orden, con el que interpretamos, y comprendemos el mundo. Y aquí radica su verdadero triunfo político.

BIBLIOGRAFÍA

BOAZ, D. (2015) *The Libertarian Mind: A Manifesto for Freedom*. New York. Simon & Schuster.

DARDOT, P y LAVAL, C. (2013) *La Nueva Razón del Mundo* Barcelona. Gedisa

HARVEY, D. (2007) *Breve historia del Neoliberalismo* Akal

FOUCAULT, M. (2007) *Nacimiento de la Biopolítica* Fondo de Cultura

KYMLICKA, W. (1995) *Filosofía Política contemporánea* Ariel

MURRAY, C. (1997) *What it means to be a libertarian?* Broadway Books,

NOZICK, R. (1974) *Anarquía, Estado y Utopía* Fondo de Cultura Económica